

SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

ARGOS 3 NO CONTESTA

KEITH LUGER

Argos 3 no contesta

1.ª EDICIÓN
AGOSTO – 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

Printed in Spain

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia


ARGOS 3 NO CONTESTA
POR KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

El general Laroque, de la Legión Extranjera Francesa, se acarició el bigote gris mientras seguía con la mirada al avión de transporte que aterrizaba en aquellos momentos en el aeródromo de Jenifra. El aparato, un trimotor del color del hollín, corrió por la pista, brillante por la menuda lluvia que caía, y, por fin, se detuvo, no tardando en dejar de ronronear sus motores.

Dos soldados, cubiertos con un mono azul y gorra de color verdoso oscuro, acercaron una rodante escalera al avión. Una puerta se abrió apareciendo en el hueco una joven con una maleta en la mano. Tendría unos veinte años de edad y era morena, de cabellos negros, ojos azulados y rasgos faciales perfectos. Vestía un traje sastre entallado que delineaba perfectamente las airosas curvas de su esbelto cuerpo. Sus ojos se fijaron en la figura solitaria del general embutido en la gabardina de reglamento, y al instante, sus labios se distendieron en una sonrisa. Bajó rápidamente la escalera y corrió hacia él, echándose en sus brazos mientras exclamaba:

—Papá querido…

El general Laroque aceptó como bueno el primer instante de efusión, pero inmediatamente separó de sí a su hija y, tras mirarla fijamente, dijo:

—¿Me quieres decir qué significa esto, Janette? Cuando leí hace horas tu telegrama, no me lo quería creer.

—¿Verdad que es estupendo? —sonrió feliz la hermosa joven—: Tú y yo juntos otra vez.

—Perfecto, Janette, pero esto requiere de tu parte una explicación. Deberías estar en Nueva York.

—Exacto, papá, pero las circunstancias de la vida disponen de la voluntad de una persona en la forma más insospechada.

—No pretenderás engañarme esta vez —repuso el general con firmeza.

La muchacha hizo un mohín mientras murmuraba:

—¿Crees que es corriente que un padre hable así a su hija después de haber permanecido un año separados? Vamos, papá, desfrunce ese ceño. No tienes delante a ninguno de tus bizarros soldados.

—Eso es lo malo, Janette. Que no eres uno de mis soldados. Pero de todas maneras, me voy a mostrar in flexible.

Janette miró un instante el plomizo cielo que seguía mandando su tenue lluvia y exclamó:

—Oye, papá: ¿sabes que nos estamos mojando? Ya continuarás tu sermón cuando estemos bajo techado —dirigió una mirada a su alrededor, y luego la detuvo en el rostro de su padre un poco asombrada—. ¿Dónde está tu «Cadillac»?

—¿Qué «Cadillac»?

—Pero, papá, todos los generales tienen uno.

—Has permanecido demasiado tiempo en los Estados Unidos, hija mía. Yo soy un general francés. Aquel *jeep que puedes ver cerca del hangar, es el único vehículo en el que me traslado de un sitio a otro.*

Janette dirigió su mirada hacia donde estaba el *jeep y en su rostro se dibujó otro gesto de estupefacción porque lo vio sucio, lleno de barro, e incluso bastante deteriorado de carrocería. Al fin, se encogió de hombros y repuso:*

—¡Bueno! ¿Qué se le va a hacer? Peor hubiera sido ir a pie.

El general inspiró profundamente, como si tratase del cobrar ánimos para expresar sus pensamientos, y al cabo de unos instantes manifestó:

—Janette, tú no irás ni en el *jeep ni a pie. No saldrás de este aeródromo. Dentro de media hora sale un avión para Casablanca y tú regresarás en él. Naturalmente, es un avión militar, pero daré orden de que te admitan. En Casablanca podrás hacer transbordo en un aparato de la Air France que te dejará en París, donde te reunirás con tu tía Isabel.*

La joven arrugó el entrecejo, contestando:

—Pero, papá, yo no necesito, por ahora, ver a mi tía Isabel para nada. Mi puesto está aquí, en Jenifra.

—¿Te has vuelto loca, muchacha? ¿Qué te crees que es esto? ¿Miami o cualquiera de esos sitios en que has pasado tus vacaciones durante los últimos años? Esto es el Marruecos francés. Un

verdadero polvorín y puedes estar segura de que Jenifra es uno de los lugares en que tenemos más probabilidades de saltar hechos pedazos.

—Me estás dando las noticias más interesantes que podías ofrecerme, papá —repuso la muchacha con voz firme.

—¿Qué quieres decir?

—Lo comprenderás enseguida. En el telegrama no te podía decir tantas cosas. Es agradable estar contigo, pero la verdadera razón de mi viaje es otra.

—¿Cuál?

—Soy periodista del *Star* de Nueva York y he sido enviada especialmente al Marruecos francés para informar a los lectores de todo cuanto aquí está ocurriendo.

—¡No!

Janette abrió su bolso, del que extrajo una credencial que entregó a su padre, el cual lo miró detenidamente.

—Luego, ¿es cierto? —continuó el general—. ¿A qué condenado americano se le ha ocurrido semejante barbaridad? No tenía ningún derecho a hacer eso contigo. Tú eres una mujer. ¿Es que no podía darse cuenta de que este lugar no es para ti?

—Lamento tener que darte un disgusto, papá. Pero no creí que lo ibas a interpretar de esa forma.

—Es ahora cuando realmente empiezan mis preocupaciones —el general entrecerró los ojos, como si estuviese pensando en algo, y, finalmente, añadió en un murmullo—: Ahora voy comprendiendo el porqué de este viaje, Janette. Esos americanos se han aprovechado de ti y de mí.

—¿Qué quieres sugerir?

—Te han enviado a África porque eres hija del general Laroque… ¡Es mi nombre y mi cargo lo que les ha inducido y no otra cosa!

—Aciertas sólo a medias, papá. Yo fui quien propuso al director del *Star* me enviase aquí, alegando que era tu hija y que, por tanto, estaría en mejores condiciones que cualquier otro de mis compañeros para hacer la serie de reportajes que ellos querían.

El general enrojeció poco a poco y las puntas de sus bigotes se estremecieron sensiblemente.

—Conque fue idea tuya, ¿eh?

—Sabías que quería ser periodista y pudiste hacer algo por mí cuando te confié ese deseo mío. Habría entrado en la redacción del *Paris*-Demain, sólo con que hubieses dado un golpe de teléfono a su director, pero te obstinaste en que abandonase tal pensamiento. Ahora he conseguido por mis propios esfuerzos que en Nueva York se me brindase una oportunidad y no pienso desaprovecharla.

Las últimas palabras de Janette habían sido pronunciadas en un tono resolutorio y el general se vio obligado a aceptarlas tal como venían. Pensó que, después de todo, su hija ignoraba las calamidades que un europeo había de soportar en aquella tierra inhóspita y que cuando esta realidad se abriese paso en su mente, renunciaría a Francia o América. Conocía bien a su hija. ¿De qué le iba a servir a él oponerse a sus deseos? Janette tenía carácter. A nada conduciría una torpe discusión más que a prolongar la parte enojosa del reencuentro. ¿No era él un estratega?

Se impuso un cambio de táctica y, en consecuencia, repuso:

—De acuerdo, Janette. Te quedarás todo el tiempo que desees en Jenifra, aun cuando creo que no encontrarás aquí las comodidades a que estás acostumbrada.

—No te preocupes, papá. Afortunadamente, me adapto a cualquier ambiente.

El general pareció entonces darse cuenta de que estaba lloviendo.

—¡Por todos los infiernos, muchacha! ¡Te estás calando hasta los huesos! ¿Qué demonios esperamos aquí? ¡Corramos al *jeep!*

Se cogieron de la mano y echaron a correr hacia donde se hallaba el vehículo. Un soldado saltó de la parte delantera y saludó, abriendo la portezuela posterior. El general y su hija se metieron rápidamente bajo el capote inmediatamente el conductor puso en marcha el vehículo. Durante los diez minutos que duró el trayecto, padre e hija hablaron de la última vez que permanecieron juntos en París, en 1954, con motivo de la inauguración del Salón de Otoño.

La detención del vehículo ante un edificio de color terroso les obligó a suspender el diálogo.

—Bueno. Hemos llegado a mi palacio —dijo alegre mente el general, ya repuesto del disgusto.

Saltaron del *jeep y subieron los tres peldaños de la escalera, deteniéndose bajo un porche. El general pulsó el timbre y poco después,*

la puerta se abrió y un soldado saludó desde dentro.

—Éste es Raimondi, Janette —dijo Laroque, entran de en la casa seguido de su hija—. Un veterano de la Legión, que fue ayuda de cámara de un príncipe ruso en París. Raimondi, te presento a mi hija.

Raimondi, alto, delgado y de nariz afilada, sonrió a la muchacha y le quitó la maleta haciendo una exquisita reverencia. Luego preguntó:

—¿Cómo está, señorita Janette?

—*Okay*, Raimondi. —Janette se llevó la mano a la boca y luego rió, mientras rectificada—: He olvidado por un momento que ya no estoy en América. Me encuentro perfectamente, Raimondi.

La habitación en donde se encontraban era el cuarto estar, donde había un diván y dos sillones. Detrás del diván había un hogar donde crepitaban unos cuantos leños.

—¡Caramba, papá! —dijo Janette, después de echar una ojeada a la confortable habitación—. ¿Decías que no había aquí comodidad?

—No saques conclusiones precipitadas. Esta casa es una excepción. —Laroque tosió suavemente, añadiendo después—: Perteneció a un ingeniero de las minas de fosfatos que fue muerto, juntamente con su mujer y una hija, durante la jornada del veinticuatro de agosto.

Janette borró de sus labios la sonrisa que los distendía y su padre se dio cuenta del efecto que le habían producido sus palabras. Por ello se apresuró a cambiar de conversación.

—Mi dormitorio es aquel de la izquierda. La habitación de al lado tiene una cama que siempre está preparada para cualquier visitante oficial. Por suerte para ti, en estos momentos no la ocupa nadie. Raimondi duerme en la de allá enfrente.

El ordenanza del general desapareció por la puerta que conducía al cuarto destinado a la joven.

—¿Cómo fue, papá? —preguntó de pronto Janette.

—¿Cómo fue el qué?

—Me refiero a la muerte de los propietarios de esta casa.

—¡Bah! Olvídalo. —El general se sentó en un sillón y de la mesa cercana tomó una tabaquera, sacó una pipa del bolsillo superior de su guerrera y empezó a llenar de tabaco la cazoleta.

—Prefiero que me lo digas, papá.

—Como quieras, pero hay poco que contar. A él lo mataron en la propia mina. Los sublevados desencadenaron un ataque y los europeos, con unos cuantos indígenas que les fueron fieles, se defendieron durante una hora como pudieron desde el pabellón que servía de oficinas a la compañía. Pero los atacantes eran mucho más numerosos y cuando se les acabaron las municiones tuvieron que rendirse. No hubo piedad para ellos.

El general guardó un silencio y la joven inquirió después de morderse el labio inferior:

—¿Y ellas?

—Las turbas bajaron al pueblo. Esta casa, como puedes ver, se encuentra en las afueras. Solitaria. Entraron aquí violentando la puerta. ¿Por qué infiernos quieres que siga? Resulta horroroso incluso para un hombre que ha visto muchas cosas durante su vida militar. ¡Y vive Dios que he luchado durante más de treinta años en tres continentes!

—Lo comprendo, papá.

En aquel momento volvió Raimondi y dirigiéndose a Janette, preguntó:

—¿Ha desayunado ya, señorita?

—¡Oh! —exclamó la joven—. Con las emociones de la llegada había olvidado que no son más que las ocho de la mañana. Sí, Raimondi, gracias. Creo que tomaré un jugo de tomate, café con leche y tostadas con mucha mantequilla.

Raimondi dirigió una mirada pesarosa a su general, el cual sonrió mientras encendía su pisa. El ordenanza volvió sus ojos a Janette y aclaró:

—No sabe cuánto lo siento, señorita Janette, pero el caso es que no tenemos ni jugo de tomate ni mantequilla. ¿Puedo sugerirle un par de huevos fritos y una taza de café con leche y galletas?

—Se acepta su sugerencia, Raimondi —convino ella. El soldado hizo una inclinación de cabeza y se marchó por la puerta que comunicaba con la cocina.

Janette se quitó la chaqueta, mostrando una blusa blanca.

—¿Hay muchos periodistas por aquí, papá? —preguntó sentándose en el otro sillón, frente a su padre…

—Una verdadera plaga. Franceses, americanos, ingleses,

italianos, alemanes, españoles… Jenifra se ha convertido en una verdadera Babel. Cuando vayas por las calles te podrás dar cuenta que no hay idioma en el mundo que no se hable aquí. Sobre todo se nota más en los restaurantes que unos cuantos aventureros han abierto para hacer la temporada. Comer en cualquiera de ellos cuesta tanto dinero como pasar una noche en París visitando los lugares más caros. Ellos saben que esta racha sólo durará unos cuantos meses, tres o cuatro a lo sumo, y que luego tendrán que marcharse con el negocio a otra parte.

En aquel momento rechinaron los frenos de un vehículo en el exterior y los ojos del general se clavaron intranquilos en la puerta de entrada a la casa. Inmediatamente zumbó el timbre.

Raimondi salió de la cocina, de la que llegó el chisporroteo del aceite.

—Comunicado urgente para el general Laroque —dijo una voz desde fuera, cuando Raimondi abrió la puerta.

El ordenanza se volvió mostrando un papel azul en la mano, que, poco después, entregó al general.

Laroque dejó su pipa en la boca y abrió el mensaje con dedos temblorosos. Cuando sus ojos leyeron el contenido, entreabrió los labios y la pipa le resbaló cayendo sobre la alfombra. Raimondi se apresuró a recoger aquélla y a pisar el tabaco encendido que se había desparramado.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Janette—. ¿Malas noticias?

El general miró a su hija, y tras un titubeo se levantó y se dirigió al perchero, del que cogió su impermeable.

—Te veré más tarde, Janette. Espérame y te enseñaré la población.

Inmediatamente salió de la casa y bajó la escalera. El hombre que había traído la carta se hallaba de pie, junto al *jeep, soportando la lluvia que ahora no era tan fina como antes.*

—Al Cuartel General inmediatamente.

—Sí, mi general —contestó el soldado.

Minutos más tarde, el vehículo cruzaba frente a una garita donde se hallaba un soldado prestando guardia.

El *jeep corrió entre unos pabellones de madera sin pintar, por lo que se notaba su reciente construcción, deteniéndose ante el último de la derecha.*

Laroque bajó del *jeep y entró en la casa, saludando al centinela que guardaba la puerta. Un hombre con uniforme de teniente, que se hallaba en el vestíbulo, pegó un taconazo llevándose la mano a la frente.*

—A sus órdenes, mi general. Le están esperando en la sala de sesiones.

—¿Están todos?

—Sí, señor.

Laroque dio las gracias y poco después penetraba en una habitación donde había cinco hombres. El de menos graduación era capitán, habiendo tenientes coroneles y otros tantos coroneles. Los cinco se pusieron en pie al llegar Laroque y éste indicó con un gesto que volviesen a sus asientos, ocupando él la cabecera de la mesa. Una vez todos sentados, el general preguntó, dirigiéndose al hombre que tenía a su derecha:

—¿Cómo ha podido ocurrir, comandante Aumont?

—Usted sabe, mi general, que Argos Tres nos enviaba sus comunicados cada dos horas. Esta madrugada a las cinco se recibió el último. En él se nos decía que no había novedad. Pero cuando dieron las siete y no llegaron noticias de ellos, nuestra estación trató de saber el por qué de aquel silencio. Todos los intentos han resultado infructuosos. Se ha tratado de establecer contacto con ellos, pero en ningún momento han dado señal de vida.

—¿Cabe la posibilidad de que hayan tenido una avería?

—Ni la más remota, señor. Tenían suficientes materiales para reponerla y los mejores especialistas. Usted mismo, como recordará, nos ordenó la más escrupulosa selección del personal que había de ir a Argos Tres cuando hace un mes decidió que se instalasen en el Monte Ayachi.

—Confieso que era una pregunta para la que yo mismo tenía respuesta, pero siempre se aferra uno a la última esperanza.

—¿Qué supone que ha ocurrido, mi general?

Laroque se tomó unos instantes para contestar:

—Lo que está en la mente de todos ustedes. Mohamed Sarro se ha decidido al fin.

—Pero él le dio a usted su palabra, personalmente, de que no se levantaría contra Francia.

El general se irguió de la silla y empezó a pasear alrededor de la mesa, seguido por la mirada de todos sus subordinados.

—¿Y piensan ustedes que lo creí ni un solo momento? Si hubiese sido así, ¿por qué decidí establecer los Argos Uno, Dos y Tres en los puntos más estratégicos de la región? ¿Cómo puede un hombre fiarse de un chacal?

—Pero Mohamed Sarro es señor de Tadirust.

—En vista de las circunstancias quizá sea conveniente que yo les informe sobre la verdadera personalidad de Mohamed Sarro. Ustedes han combatido durante los cinco últimos años en Indochina, mientras yo he permanecido todo ese tiempo en Marruecos. Pero en un momento les revelaré el misterio que rodea a ese hombre. Mohamed Sarro no desciende de una noble estirpe, como la mayoría de los señores de este país. En 1944 era un simple alfarero que vivía en la ciudad de donde hoy es conocido como señor. Pero ambicioso e indudablemente temerario, se aprovechó de su oportunidad cuando ésta llegó. El señor de Tadirust, por aquel entonces, era un gran amigo de Francia. Se llamaba Ali-El-Yebel. Una de las doce hermanas de éste, la más pequeña, se enamoró del humilde alfarero y Ali-El-Yebel, llevado por su corazón generoso, consintió en la desigual boda y acogió a Mohamed Sarro en su propio palacio. Todos nosotros, franceses, estábamos ocupados por aquel entonces en liberar a nuestra patria y en derrotar a Alemania. No podíamos dedicar nuestra atención a lo que pudiera ocurrir en las perdidas regiones montañosas del Atlas Central. Y lo que ocurrió en aquellos meses en que se fraguó nuestra victoria, fue lo siguiente: valiéndose de los más bajos ardides, Mohamed Sarro se dedicó a acabar con la vida de su cuñado y a suplantarlo en el señorío de Tadirust. Para ello consiguió la ayuda de la guardia de palacio y en el curso de una noche sangrienta en que fueron muertos el propio Ali-El-Yebel y sus principales colaboradores. Sarro vio logrado su propósito. Lo inaudito del caso es que su propia mujer, hermana del traicionado, se mostró orgullosa, como los hechos posteriores lo demostraron, de la cínica y cruel conducta del impostor. Ahí tienen, pues, la historia de ese nuevo señor, del que hoy gobierna con poder despótico sobre más de treinta mil marroquíes.

—Pero una vez terminada la guerra de Europa —intervino uno de los hombres que estaba sentado, de unos cuarenta y cinco años de edad, rostro broncíneo y ojos verdosos—, ¿cómo Francia no

castigó al asesino?

—Sí, coronel Chantall, muchas veces yo mismo me lo he preguntado y también se lo he preguntado a otras personas que están por encima de mí. —El general se detuvo ante su asiento y golpeó la mesa con el puño—. ¿Sabe cuál ha sido la respuesta? Yo sé lo diré. ¡Siempre la misma! «La política es una cosa muy complicada, mi general. Mohamed Sarro ha probado su fidelidad a Francia. ¿Sabe, mi general, que Mohamed Sarro ha enviado un valioso regalo al Presidente de la República?». ¿Para qué seguir? No, señores, a Mohamed Sarro no se le podía tocar un solo cabello de la cabeza. Era un hombre adicto, un marroquí que en cualquier momento, si la bandera francesa corriese peligro de ser arriada, con sus diez mil guerreros, pelearía hombro con hombro con nuestros soldados para aniquilar cualquier rebelión.

Laroque hizo una nueva pausa y continuó paseando.

—No pretendo ser ningún vidente, pero yo jamás creí en la lealtad de Mohamed Sarro, y cuando en este año de 1955 la situación en Marruecos empezó a empeorar, yo pedí al Alto Mando me confiase la vigilancia de esta región. No sólo quise este cargo por conocer el país, sino porque fui amigo en otro tiempo de Ali-El-Yebel y tenía la plena seguridad de que Mohamed Sarro se levantaría contra Francia. Cuando sobrevinieron los sucesos de hace un mes, que están en la memoria de todos, pensé había llegado el momento del señor de Tadirust. Por ello ordené la constitución de los tres puestos de vigilancia, Argos Uno, Dos y Tres. Ya saben, señores, cuál es mi opinión. El silencio de Argos Tres no quiere decir más que una cosa. Mohamed Sarro ha puesto en línea de combate a sus guerreros.

En aquel momento llamaron a la puerta y el general dio autorización para entrar. Un soldado lo hizo y cuadróse, informando:

—Son las nueve y diez minutos, mi general. Argos Tres no contesta.

—Gracias, soldado. Puede retirarse.

Una vez que el mensajero hubo salido, el general ordenó:

—Coja el teléfono, capitán Proust, y póngase en contacto con el aeródromo. Quiero que salga inmediatamente un avión de reconocimiento para el monte Ayachi.

El capitán Proust cogió el teléfono que había encima de la mesa y estableció la comunicación solicitada. Al cabo de un rato, colgó manifestando:

—Lo siento, señor. El aeródromo ha sido cerrado. Han dado orden de que no salga ningún avión. La visibilidad es nula en todo el Atlas Central. Está lloviendo desde esta madrugada en un área de ochocientas millas.

—¡Maldito Sarro! —exclamó el general—. Ha elegido bien su momento.

—Pero dentro de unas horas quizá pueda salir algún avión y tendremos una importante información de lo que verdaderamente ha ocurrido en Argos Tres —sugirió Chantall.

Laroque meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, coronel Chantall. Si en el Atlas Central empieza a llover, quiere decir que lloverá durante diez o quince días. Es el clima de la región. Nubes bajas y nula visibilidad, como acaba de comunicarnos el capitán Proust.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó Chantall.

—Sea lo que sea, ha de hacerse algo. No podemos cruzarnos de brazos. Mohamed Sarro cuenta ahora con diez mil guerreros, pero puede convertirlos en treinta o cuarenta mil si en el transcurso de unos días no damos buena cuenta de él. La cuestión es acertar con la forma de echarle mano. Creo que debemos pensar todos en ello.

Durante varios minutos en la sala se hubiera podido oír el zumbido de una mosca. De pronto, un hombre de rostro enjuto y nariz chata, exclamó:

—¡Ya lo tengo, mi general!

Todos los presentes hicieron converger sus miradas en el que acababa de interrumpir sus cavilaciones.

—¿Qué es ello, coronel Gabin? —preguntó Laroque.

—Una trampa.

—¿Una trampa? ¿Qué clase de trampa?

—Debemos procurar atraer a Mohamed Sarro y a sus guerreros a un lugar en que les esperemos preparados.

El rostro de Gabin estaba iluminado y sus ojos brillaban febrilmente.

—No podemos arriesgarnos a luchar contra él en un lugar que él elija —prosiguió—. Nosotros debemos ser quienes le obliguemos a

batirse en el que previamente hayamos tomado todas las ventajas.

Un silencio siguió a las palabras del fogoso coronel.

—La idea no está mal —convino Laroque—. Pero ¿de qué forma la llevaremos a la práctica?

—He pensado en ello también, señor.

—Adelante, Gabin.

—Supongamos que mandamos a dos de nuestros soldados a Argos Tres. Estos soldados llevarán consigo, en una cartera, un mapa de la región en que se hará constar los movimientos de una columna de reconocimiento. Una columna que, por ejemplo, podrá constar de doscientos nombres. Naturalmente nuestros soldados ignorarán que Argos Tres ha caído. Cuando lleguen allí, es indudable que serán atacados por los guerreros de Mohamed Sarro y es lógico pensar que al verse sorprendidos, se rindan. Serán registrados y encontrarán en su poder el plano a que antes he hecho referencia. Tal documento será llevado inmediatamente al señor de Tadirust, el cual verá una gran oportunidad de liquidar a doscientos soldados franceses. Dada la potencia de la supuesta columna, Sarro atacará, puede que personalmente, con sus mejores guerreros. Pero cuando vayan a hacerlo, se encontrarán con la sorpresa de que se han metido en una bolsa que se irá poco a poco estrechando hasta aniquilarlos. Dos mil de nuestros soldados estratégicamente dispuestos serán suficientes para tender la trampa y creo que el lugar más apropiado para ello son los montes que se alzan al norte de Mzizel.

—No está mal la idea —convino el general—. Pero hay algo en ella que no me gusta. Lo de enviar a dos de nuestros soldados al degolladero.

—¿Cree que Sarro les quitará la vida? —preguntó el coronel Chantall.

—No lo sé. Pero quizá sería mejor para ellos que lo hiciese.

—Perdone, mi general —intervino Proust—. Pero le he oído decir a usted una vez que la Legión Extranjera no tiene en cuenta la vida de cualquier hombre, si con su sacrificio salva la de muchos miles.

—¿Dije yo eso? —rezongó Laroque. Y tras unos instantes de suspensión, añadió—: Gracias por recordármelo. Pero tomaremos las medidas más elementales para cuando se proceda al

aniquilamiento de Mohamed Sarro, dar con los soldados antes de que sean muertos, si es que para entonces continúan con vida. Usted, capitán Proust, se ocupará única y exclusivamente de tal cometido, a cuyo erecto elegirá un comando de veinte hombres que no tendrá más misión que la de rescatar a esos dos soldados.

—Así lo haré, mi general, y le aseguro que pondré todo mi empeño en ello.

—De acuerdo —dijo Laroque, sentándose de nuevo—. Una vez aprobado el plan del coronel Gabin, es necesario elegir inmediatamente a los dos soldados que han de llevar a Argos Tres el falso mapa.

El único hombre que hasta entonces no había hablado en la reunión, de unos cuarenta años de edad, cabello castaño y barbilla voluntariosa, carraspeó fuerte, a la vez que exponía:

—Creo que tengo en mi compañía a los dos hombres que usted necesita, mi general.

—¿Quiénes son, comandante Clair?

—Los soldados Bill Douglas y René Jourdan.

—¡Por todos los infiernos! —rugió Laroque—. ¿No son esos dos tipos que se pasan la vida entrando y saliendo del calabozo?

—Sí, señor.

—¿Es que quiere desembarazarse de ellos, comandante Clair?

—No sé si comprenderá usted mi idea, señor, pero me parece que para un servicio como éste, en que en la mente de todos está la idea del sacrificio, es preferible echar mano a hombres que desprecien el peligro. Yo creo que si enviásemos para realizar este servicio a dos hombres blandos que se entregasen en cuanto viesen asomar la cabeza a un guerrero de Mohamed Sarro, correríamos el peligro de que el señor de Tadirust sospechase de la realidad del mapa. Bill Douglas y René Jourdan se rendirán cuando hayan intentado escapar y se vean perdidos.

—Muy bien —dijo el general—. ¿Tienen alguno de ustedes otros candidatos para esos puestos?

Nadie contestó a la pregunta y Laroque se dirigió al comandante Clair:

—Ordene que comparezcan aquí inmediatamente los soldados Bill Douglas y René Jourdan.

El comandante se levantó y se encaminó hacia la puerta, la cual

abrió saliendo fuera.

El centinela y un sargento que estaban hablando entre sí, se cuadraron.

—Me viene bien, sargento Risso —dijo el comandante—. Vaya a nuestro pabellón y traiga aquí a Douglas y Jourdan.

—Sí, señor. Enseguida.

Clair volvió a entrar en la sala donde se celebraba la reunión. El general decía al coronel Chantall en aquellos momentos:

—Usted se encargará de hacer el mapa, Chantall, en colaboración con el coronel Gabin. Diríjanse al Servicio Cartográfico y dispónganlo todo para la emboscada. Tengan en cuenta que ha de ser realizada en un área de cinco a siete millas como máximo y que la bolsa ha de ser cerrada, una vez esté dentro Mohamed Sarro, en el término de una hora.

Los dos coroneles se levantaron de sus asientos respectivos, y, tras saludar, salieron de la habitación.

—Pueden fumar, caballeros —dijo el general. Proust sacó un paquete de cigarrillos americanos y ofreció a sus compañeros. El único que fumó fue Laroque. Tras unos diez minutos de silencio, sonaron unos golpes en la puerta.

El sargento Risso entró en la sala y cuadróse, buscando con la mirada a su comandante, el cual se incorporó con el ceño fruncido:

—¿No le he dicho que traiga con usted a Douglas y a Jourdan?

—Lo siento, comandante, pero no están en el pabellón ni en el campamento.

—¿Qué no están? ¿Qué es lo que está diciendo?

—Diez hombres los han buscado por todas partes.

—¡Eso es absurdo! ¿O es que acaso han sido enviados a la población para realizar algún servicio?

—No, señor. He estado consultando la relación de soldados destacados en estos momentos fuera de los pabellones y entre ellos no están los nombres de Douglas ni de Jourdan.

—¡Por todos los infiernos! —rugió el general—. ¿Qué significa esto, comandante Clair? ¿Cómo es posible que dos de sus soldados se encuentren a estas horas fuera del campamento? Ello quiere decir que no han pasado la noche en sus camas.

La frente de Clair empezó a transpirar sudor.

—Lo siento, mi general, pero ya le he dicho que son dos tipos de

cuidado.

¡Está bien! —gritó enfurecido Laroque—. Usted, sargento, coja ahora mismo una patrulla y vaya a buscar a esos hombres. ¡Y recuerde esto bien! ¡Le concedo media hora para encontrarlos!

La nuez del sargento bailó de arriba a abajo en su garganta, pero no se movió, dando la impresión de que se había adherido al suelo.

—¿Es que no lo ha oído, sargento Risso? —ordenó el comandante Clair—. ¿Qué está esperando?

Risso movió la cabeza en sentido afirmativo, dio media vuelta y salió de la estancia.

CAPÍTULO II

—Dame otro beso —dijo la mujer, acariciando el negro cabello del hombre que se sentaba, en un cojín, a sus pies.

Él no volvió la cabeza siquiera, sino que se encogió de hombros, diciendo:

—¿Para qué?

—Porque yo te quiero.

Bill Douglas volvió la cara ahora. Frisaría en los veintiocho años de edad y era moreno, de ojos profundamente azules y rostro de rasgos faciales duros, pero correctos.

—Me has engañado, Yasmina —murmuró.

La joven, que se hallaba recostada en un lecho bajo, se incorporó y al hacerlo quedaron desnudas sus blancas piernas. Era hermosa como una hurí de *Las mil y una noches*, y su cara, en la que resplandecían unos ojos del color de la esmeralda, poseía una piel suave y tersa.

—¿Yo te he engañado, Bill?

—Claro que sí. He recorrido mil riesgos para venir, aquí y desde que llegué, hace dos horas, sólo me pides que te dé un beso.

—¿No es a eso a lo que has venido?

Bill la miró resignadamente y después de dar un suspiro, repuso:

—No, Yasmina. Pero ya que has dispuesto así las cosas, te daré ese beso.

Se levantó, se sentó junto a ella, la enlazó por la cintura y unieron sus labios. Al separarse, Yasmina lo retuvo y sus rostros casi se rozaban cuando ella murmuró:

—¿Qué vas a hacer ahora, Bill?

—Marcharme. Eso es lo que voy a hacer.

—¿Tan pronto? Quédate un ratito más.

—No, querida. No quiero que noten mi ausencia en el campamento. Si ello ocurre, me tiraré otro mes en el calabozo y

entonces se acabarán los besos.

El soldado se puso en pie, pero ella seguía cogiéndole la mano.

—Ahora no puedes irte, Bill.

—¿Por qué no había de hacerlo?

Bill Douglas frunció el ceño y empezó a sonreír.

—¿Qué te pasa, Yasmina? ¿Deliras?

Un gesto de rabia se dibujó en el rostro de la hermosa indígena.

—Te burlas de mí, Bill, pero da igual. Te vas a desposar conmigo.

—Oye, preciosa. No estarás hablando en serio. Yo no soy de ésos. ¿Por qué te crees que estoy en la Legión? Me metí aquí para que no me pescasen. El uniforme, para mí, ha sido un seguro contra el matrimonio.

El pecho de la hembra se agitó embravecido.

—¡Serás mi esposo o mandaré que te corten la cabeza, Bill!

—¿De qué estás hablando?

—Una mujer de mi estirpe no puede pasar una noche con un hombre que no sea su marido.

—¿Quién ha pasado la noche contigo? ¡Si hace apenas dos horas que he llegado! Anda, dime, ¿qué hemos hecho desde entonces? Yo te lo diré. Te dije que tenía hambre y tú ordenaste trajesen esa bandeja de pasteles. ¿No la ves? Está vacía. Me he pasado la primera hora comiendo y luego, ¿qué? «Bill, dame un beso». Te lo he dado, y un poco más tarde: «Bill, dame otro beso». ¡Por mi tía Eduvigis! ¿De qué me puedes acusar?

—Es esa tu actitud, ¿eh, Bill?

—Naturalmente que lo es. Mira, ricura, he pasado un gran rato contigo, pero será mejor que lo dejemos. No es sana tu intención desde el momento que me propones el matrimonio.

Douglas dio un pequeño tirón y desasió su mano de la que lo aprisionaba. Luego se dirigió con paso resuelto hacia una ventana que había abierta de par en par.

Pero entonces Yasmina dio una palmada y al instante, dos puertas se abrieron irrumpiendo en la estancia dos negros, el menor de los cuales medía uno ochenta de estatura.

Bill se volvió y arrugó la frente al ver a los dos guardianes de Yasmina.

—¿Qué significa esto?

Yasmina, por toda respuesta, dio otra palmada, apuntó con la mano al soldado y exclamó, dirigiéndose a los negros:

—¡Cogedle inmediatamente!

—Sí, ¿eh? —rezongó Bill.

Los dos eunucos giraron disponiéndose a atacar al joven, el cual, a su vez, se preparó para escapar por la ventana que tenía tras de sí.

El negro más alto, despreciando la posible resistencia que le pudiera poner el soldado, se abalanzó sobre él con los brazos abiertos para aferrarlo, pero entonces Bill le disparó su puño derecho. Los nudillos chocaron contra la negra mandíbula y los dos metros y pico de carne de ébano, se abatieron sobre el piso con terrible estruendo.

El otro negro retrocedió asustado, momento que aprovechó Bill para volverse y correr hacia la ventana por la que en un instante desapareció, mientras Yasmina pegaba chillidos de desesperación.

Bill se mantuvo un instante en el alféizar de la ventana e inspirando profundamente, se lanzó al aire cayendo sobre un árbol, en una de cuyas ramas se sujetaron sus manos como garfios, y más tarde, con una agilidad felina, fue descendiendo hasta que sus pies tocaron el suelo.

Un hombre, soldado como él, de unos treinta años de edad, de talla regular, ojos separados, nariz chata y boca un poco grande, rezongó:

—Esto no era lo prometido, Bill. Dijimos una hora tú y otra yo. Por eso vine contigo.

Douglas se sacudió las manos en los pantalones y repuso:

—Ya sabes que no tengo reloj. Lo empeñé en casa de ese judío por dos mil cochinos francos que nos eran muy necesarios. Pero ¿es posible que haya transcurrido tanto tiempo?

—Más de dos horas.

—Bueno, chico, perdona. Pero ahora tienes el campo libre. Anda, sube.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro que sí. ¿Qué clase de amigo crees que soy? Pero no hubiese hecho falta. Conoce tu nombre: René Jourdan. ¡Si vieras cómo lo pronuncia!

El semblante de Jourdan se iluminó, mientras tartamudeaba:

—Ahora mismo subo.

Inmediatamente pegó un salto, se agarró a las ramas del árbol y comenzó a ascender. En un instante ganó la ventana.

Bill Douglas se cruzó de brazos y cerró los ojos. En aquel instante, un grito de horror salió de la garganta de Jourdan y en menos de tres segundos descendió por el árbol como si se hubiera convertido en un mono.

—¡Hay un negro ahí arriba, Bill! —exclamó—. ¡Estuvo a punto de cogerme la cabeza cuando la asomé por la ventana!

—¿Un negro dices? —inquirió Bill, poniendo cara de asombro—. ¡Ésa sí que es buena!

Se oyeron pasos a sus espaldas y los dos amigos volviéronse, contemplando a oíros tres negros que corrían hacia ellos.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó preocupado René—. ¡Ahora son tres!

Y apuesto a que sus intenciones no son muy buenas. Anda, muchacho. Dale a las piernas.

Los dos amigos empezaron a correr y a alejarse del palacio junto a cuya muralla se encontraban, ganando pronto una callejuela. Tras continuar avanzando durante diez minutos, pudieron considerarse a salvo. Se detuvieron resoplando y Jourdan preguntó:

—¿Qué crees que ha pasado?

—¡Bah, olvídalo! —repuso Bill, haciendo un gesto con la mano —. Si quieres que te diga la verdad, no valía la pena.

—Es lo que siempre dices. Primero la conoces tú, te ves con ella y luego… no vale la pena. Pero yo me tengo que estar dos horas esperando, haciendo el pasmarote, y cuando llega la hora de rendir cuentas, vamos los dos al calabozo.

—Eres un gran amigo, René, lo confieso. Y desde ahora vamos a hacer una cosa. Primero irás tú y yo aguardaré. —Bill palmeó a su compañero jovialmente—. ¿Estás contento con esta solución?

Se encontraban parados junto a una esquina y en aquel momento les llegó una voz por detrás que declaraba:

—Yo os daré una mejor para los dos, compañeros.

Bill y René giraron sobre sus talones, quedando boquiabiertos al ver la figura del sargento Risso, el cual sonreía cruelmente. Pero lo más curioso de la situación fue que por detrás del sargento aparecieron varios soldados, fusil en mano.

—Hola, sargento —dijo Bill, reaccionando—. Hace un hermoso

día. Le dije a este que por qué no dábamos un paseo por la ciudad.

La lluvia seguía cayendo menuda y en la callejuela sólo estaban los soldados.

—Una gran idea, soldado Douglas —dijo Risso, enseñando los colmillos—. Y apuesto a que la va a encontrar de su agrado el general Laroque.

—¿El general Laroque? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

Risso se dirigió a los soldados que había detrás, con ironía:

—¿Lo habéis oído, muchachos? ¿Qué tiene que ver con ellos el general Laroque? A lo mejor no se han dado cuenta todavía de que el general Laroque es quien manda nuestro batallón desde hace dos años.

—No quise decir eso, sargento, y usted lo sabe —repuso Bill—. Lo que considero extraño es que un superior de tan alto grado se interese por nosotros.

—¿De veras te extraña? Pues eso no es nada comparado con lo que vas a oír. Un día de éstos será el propio ministro de Defensa Nacional el que tenga el alto honor de hablar con vosotros. —De pronto, Risso cambió el tono de su voz y agotada su paciencia, gritó —: ¡Y ahora vais a venir conmigo! ¡Atención! ¡Fir… mes!

Bill y René pegaron un gran taconazo, quedando erguidos como velas. Inmediatamente los soldados que Risso llevaba consigo los flanquearon y el sargento ordenó de nuevo con voz rabiosa:

—¡De frente!… ¡Mar… chen!

El grupo se puso en movimiento y caminando marcialmente, haciendo resonar sus botas en los brillantes guijarros de las calles, entraban minutos más tarde en el campamento.

Detuviéronse frente al pabellón donde celebraba las sesiones el Alto Mando del batallón y Risso ordenó a Bill y Jourdan que lo siguiesen.

Poco después, el sargento llamaba a la puerta de la sala en que había dejado al general con su oficialidad.

La voz de Laroque dio permiso para entrar y los tres hombres pasaron al interior.

—¡Sargento Risso a sus órdenes, mi general! Traigo conmigo a los soldados Bill Douglas y René Jourdan.

Los dos amigos pegaron sendos taconazos, saludaron militarmente mientras levantaban la barbilla, y se quedaron

inmóviles, sin que se notase en ellos siquiera un parpadeo.

El general Laroque escrutó con la mirada los rostros de los soldados.

—¿Pueden decirme qué es lo que hacían a estas horas de la mañana en Jenifra? —preguntó, con voz chillona.

René Jourdan miró de soslayo a su compañero esperando que él fuese quien sacara a ambos del atolladero.

—Yo sé lo diré, mi general —contestó imperturbable Bill—. Hace unos días encontramos a una anciana en Jenifra. Se trata de una pobre mujer que tiene un hijo a quien conocí en Argel. Un marroquí vino anoche al campamento a decirnos que ella había recibido una carta de su hijo en la que le comunicaba que se hallaba enfermo de alguna consideración. El soldado Jourdan y yo nos hemos apresurado a ir a su casa esta mañana para tranquilizarla, y a poco de salir de la casa, fue cuando nos encontramos con el sargento Risso.

—¿Es cierto eso, soldado Jourdan? —inquirió el general.

René tragó saliva y repuso:

—Completamente cierto, mi general.

—¿Y usted qué dice, sargento?

—Yo, señor, no he podido saber a ciencia cierta el lugar en donde han estado estos hombres. Los encontré en una callejuela de la ciudad.

Laroque dio un gruñido y luego manifestó:

—De todas formas, han infringido ustedes el reglamento. ¡Por todos los infiernos! Esa causa que alegan no es suficiente para justificar que hayan salido del campamento sin permiso de sus superiores. Debería darles un escarmiento, pero voy a olvidarlo todo porque han sido ustedes elegidos para realizar una misión.

El sargento Risso, que esperaba que los soldados fuesen objeto de una violenta reprimenda, miró perplejo a su general, y éste le aclaró:

—No me refiero a usted, sargento, sino solamente a los soldados Douglas y Jourdan. —De pronto, Laroque arrugó la nariz y preguntó dirigiéndose a los oficiales que tenía a su lado—: ¿No notan ustedes un olor raro en la habitación?

Los dos comandantes y el capitán se pusieron a husmear sonoramente.

—Creo que tiene usted razón —convino Proust—. Es un olor bastante extraño.

—Bien. Dejemos eso —dijo Laroque y volvió la mirada a los soldados—: ¿Conocen el enclave de Argos Tres?

—Sí, señor —respondió Bill—. Tengo un amigo allí, Rex Garland, el cual antes de marchar de Jenifra me indicó el pico exacto del monte Ayachi adonde se dirigía. Se halla a mil doscientos metros de altura.

—Exacto. Es un picacho relativamente bajo en relación con la cúspide del Ayachi que tiene tres mil setecientos cincuenta y un metros, pero un magnífico observatorio para vigilar las andanzas de las tribus que se encuentran al Sur. Desde allí se puede contemplar perfectamente las entradas y salidas de catorce desfiladeros que son paso obligado hacia el Atlas Medio. La misión qué tienen ustedes que realizar consiste en llegar a Argos Tres y entregar al jefe del destacamento, capitán Degranges, un mapa en el que se reflejan los movimientos de una columna que partirá de Jenifra dentro de veinticuatro horas. La columna estará en contacto, casi permanente, con Argos Tres. Estos hombres realizarán una inspección de las tribus que tengan instalados sus aduares en un área de cincuenta millas al sur del monte Ayachi. ¿Queda esto claro?

—Sí, señor —respondieron al unísono los dos soldados.

—¿Quién de ustedes sabe conducir?

—Los dos, señor —contestó Bill.

—De acuerdo. Entonces podrán turnarse. Saldrán dentro de un par de horas hacia Argos Tres en un *jeep. Deben llegar alrededor de las cinco de la tarde, es decir, cuando esté anocheciendo.*

El general se quedó unos momentos vacilante, ronroneando como un gato, y finalmente se decidió a preguntar:

—¿Tiene usted familia, soldado Jourdan?

—Tengo padre. Se quedó viudo hace catorce o quince años, pero hace dos se ha vuelto a casar.

—¿Mantiene contacto con él?

—No, señor. La última vez que estuve en Francia nos liamos en una discusión y salimos mal. Él es poujadista, ¿sabe?

—¡Estupendo, Jourdan! —exclamó el general, sin poder contenerse.

—¿Usted cree, señor? Esos tipos no quieren pagar a la Hacienda.

—No quise decir esto —dijo Laroque, dándose cuenta de que se había excedido—. En fin, carece de importancia. ¿Y usted, soldado Douglas? ¿Tiene familia?
—Solamente a mi tía Eduvigis que vive en Madison, estado de Kansas.
—Y supongo que ella ni siquiera se acordará de usted.
—Nada de eso, señor. Me escribe una carta todos los meses. En la última me dice que si para el 31 de diciembre de 1955 no me reúno con ella en Nueva York, en el hotel Plaza, modificará su testamento. El que tiene ahora me deja a mí como único heredero de su negocio de grillos.
—¿De grillos? ¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Se encuentra bien, Douglas? ¿Acaso ha bebido? Sigo percibiendo ese olor tan penetrante.
—Yo le explicaré, señor —dijo Bill—. Me refiero naturalmente a lo de los grillos. Mi tía Eduvigis empezó a criarlos por diversión y un buen día, a Jeremías Smith, que tiene una tienda de deportes en la calle principal de Madison y es un gran aficionado a la pesca, se le ocurrió llevarse media docena de grillos de mi tía para ponerlos como cebo en el anzuelo. Naturalmente se los robó. Pero el caso es que pescó con ellos las seis mejores truchas que se han podido ver fuera del agua en mi ciudad natal. Jeremías fue corriendo a contárselo a mi tía y entonces se asociaron para criar grillos en gran escala. No se puede figurar el éxito que tuvieron. Ahora venden millones de grillos al año para todos los pescadores de los Estados Unidos. Los envían a todas partes por ferrocarril, avión o los transportan por carretera. Mi tía se casó con Jeremías, pero no han tenido hijos.
El general, los dos comandantes, el sargento y hasta el soldado Jourdan habían estado pendientes de la extraña explicación que daba Bill Douglas, y cuando éste terminó su relato, sus oyentes continuaron durante unos instantes con el ceño fruncido, como si estuviesen hipnotizados. Al fin, el general volvió a la realidad pegando un puñetazo en la mesa.
—¡Ya lo ha oído, sargento Grillo… digo Risso! Salga con estos soldados de aquí y qué preparen la impedimenta para dirigirse hacia Argos Tres. ¡Les deseo buena suerte, soldados!
—Gracias, señor —contestaron Bill y René. Y a continuación,

dieron media vuelta y salieron.

Los dos amigos y el sargento fueron al pabellón donde se alojaban.

—¡Fir… mes! —gritó Risso, cuando se encontraron bajo cubierto. Los dos compañeros se quedaron nuevamente tiesos y el sargento se aproximó a ellos lentamente—. Conque una anciana, ¿eh? —murmuró quedándose quieto y empezando a balancearse sobre los pies—. Conque una pobre mujer que tiene un hijo enfermo en Argel…

—Eso he dicho, sargento —ratificó Bill.

Risso acercó su nariz al uniforme de Douglas y lo olfateó como un perro. Luego se echó hacia atrás y distendió los labios mostrando sus cortantes dientes.

—Ya he dado con el olor a que se refería el general.

—¿De veras, sargento?

—¡Sí! —rugió el italiano—. Huele a perfume de mujer. ¡Y… por todos los infiernos! ¡Estoy dispuesto a jugarme la cabeza a que no hay en toda Jenifra una anciana que se gaste dinero en ese perfume!

—Es usted demasiado suspicaz, sargento. Mi historia sigue siendo verídica mientras usted no demuestre lo contrario. Y en cuanto a lo del perfume, puede pregonar a los cuatro vientos, si lo desea, que lo compré para mi uso particular.

El sargento apretó los labios, fue a replicar, pero optó por dar media vuelta y abandonar el pabellón.

Cuando los dos amigos quedaron solos, René soltó una gran carcajada y se sentó al borde de su camastro.

—¿De qué te ríes, muchacho? —preguntó Bill.

—¿Es que no lo has oído? Se han creído que lo de los grillos no era cierto y en cambio se han tragado la primera historia.

—Olvida eso.

—¿Crees que esto es bueno, Bill?

—¿Te refieres a la misión que vamos a realizar?

—¿Qué otra cosa puede ser? René se sentó frente a su amigo y se rascó el cogote en actitud pensativa.

—A mí personalmente no me gusta. ¿Por qué han de enviar a dos soldados con un mapa a Argos Tres?

—Con alguien habían de mandarlo.

—¿Y para qué tienen la radio? Podrían darle los detalles sin

necesidad de que nadie se desplazase.

—¿Sabes que te digo, René? Que nunca serás un buen soldado. En el ejército se dan, a veces, órdenes que a los inferiores nos parecen absurdas. Sin embargo, siempre tienen una explicación lógica. A nosotros nos toca obedecer. Nos han mandado al monte Ayachi y tenemos que ir porque es lo nuestro. Abandona cualquier idea extraña. Afortunadamente, nos encontramos en el extremo sur de Marruecos, donde todo está tan tranquilo como una balsa de aceite.

—¡No estaba así hace un mes!

—Pero fue en Jenifra, compañero. Nosotros vamos hacia el gran Atlas, donde reina la tranquilidad y se debe respirar el mejor aire.

—Dios te oiga. Pero sigue sin convencerme. ¿Por qué si no, se han callado lo de nuestro regreso?

—¿A qué te refieres?

—El general ha dicho que tenemos que ir a Argos Tres, pero no ha mencionado para nada el momento en que debemos volver a Jenifra.

—¿Es que necesitas que te lo digan todo? Está tan claro como el agua. Nosotros entregamos el mapa e inmediatamente regresamos a nuestro campamento.

Bill se levantó y pasó junto a su compañero, saliendo del pasillo que formaban las dos camas.

—¿Adónde vas, Bill?

—A la cantina por una botella de *whisky*. Presiento que vamos a tener mal tiempo durante el viaje y necesitaremos un reactivo.

—¿Crees que Pierre te la va a dar? Le debemos ya más de tres mil francos.

—No te preocupes. Es cuestión mía.

Bill salió del pabellón cuando arreciaba la lluvia y corrió, chapoteando sus botas en los charcos que se formaban.

La cantina estaba atestada de soldados y la atmósfera tan cargada de humo que Bill tuvo la impresión de que podría cortarse a pedazos con un cuchillo. Acercóse al mostrador distendiendo los labios en una sonrisa cuando los ojillos de ratón de Pierre se fijaron en los suyos.

—¿Cómo va eso, Pierre?

—Perfectamente hasta el momento en que has aparecido por esa

puerta.

—Ahora te irá mejor. Sírveme un *whisky*.

Pierre, cuya espalda estaba un poco encorvada, se acodó en el mostrador, delante de Douglas, y dijo sin mirarle:

—No lo haré si no me enseñas el color de tu dinero.

—¿Esas tenemos, Pierre? Cualquiera diría que no nos conocemos.

—Eso es lo que pasa. Que nos conocernos demasiado. Y te aseguro que casi siempre es un mal asunto.

Bill desparramó su mirada por el local, pensando de qué forma podría ablandar a Pierre, cuando sus ojos se detuvieron en algo que llamó su atención. En un rincón, sentada en una mesa, había una joven de rara belleza que no podía tener más de veinte años. Dos sargentos la flanqueaban. La conversación entablada debía de ser muy interesante, pues la joven, de vez en cuando, escribía en un bloc.

—¿Quién es, Pierre? —preguntó Bill por la comisura de los labios.

El cantinero que había seguido su mirada contestó:

—Sólo ha dicho que se llama Janette y que es periodista. Vino hace cosa de media hora y me preguntó ingenuamente si había un héroe entre estas cuatro paredes. Quería hacerle una interviú. Le dije que todos eran unos héroes. Aquellos sargentos estaban aquí cuando ella inició su investigación y la invitaron a tomar unas copas. Se ve que han pegado la hebra.

Bill se pellizcó la barbilla y finalmente hizo chasquear los dedos volviéndose con brusquedad hacia el cantinero.

—Me vas a ayudar, Pierre.

—Te he dicho que se acabó el crédito.

—¡Al diablo con eso! No me refería al *whisky*. Quiero entablar conocimiento con esa joven. Envíale una nota con Jacques diciendo que acaba de llegar el héroe del regimiento y que la espera en el reservado número tres.

—¿Qué piensas hacer, Bill? Sabes que no me gustan los jaleos en mi negocio.

—¿Crees que puede haber jaleo? Ella es una mujer y yo un hombre. Nos llevaremos bien, compadre. Anda, yo me voy al reservado. Procura que no tarde.

Bill cruzó la sala, subió unas escaleras y se metió en la tercera puerta de las que había en un corredor. Se sentó ante una mesa y encendió un cigarrillo.

Llevaba esperando quince minutos y ya estaba decidido a marcharse, creyendo que Pierre no habría seguido sus instrucciones, cuando llamaron suavemente a la puerta y él se levantó como una centella, abriendo de un tirón.

Se quedó un tanto asombrado comprobando que la joven no sólo poseía una cara bonita, sino también un cuerpo esplendoroso.

—Adelante, señorita.

La joven penetró en el reservado y él cerró y se puso frente a ella.

—Tenía la idea de que los héroes eran de otra forma.

—¿Cómo?

—Usted es casi un héroe de película, señor Douglas, y en la realidad son muy diferentes. Feos, desgarbados y hasta más entrados en años.

—Usted tampoco corresponde con la idea que yo tenía formada de las mujeres periodistas.

—¿Cómo habían de ser?

—Las que se tropieza uno en la vida real son mal parecidas, usan gafas y hasta hay algunas que llevan algo postizo.

Bill miró la blusa que mostraba la joven entre la chaqueta abierta de su traje gris. Un rubor invadió el semblante de la joven.

—¿Nos sentamos, señor Douglas? Estoy deseosa de conocer la aventura que le convirtió a usted en héroe de la Legión.

Se sentaron uno frente al otro y Bill preguntó:

—¿En qué periódico va a salir eso?

—En el *Star* de Nueva York.

—¡Demonios! Hubiese asegurado que era usted francesa. Pierre me ha dicho que se llama usted Janette.

—Y lo soy, señor Douglas. Pero he vivido gran parte de mi vida en Nueva York. Quiero a los Estados Unidos como a una segunda patria.

—Magnífico, Janette.

Bill la miró a los grandes ojos negros y tras un ligero carraspeo, añadió:

—¿Cuánto acostumbra a pagar a los que colaboran con usted en

las interviús?

Janette frunció las cejas observando sorprendida a su interlocutor.

—¿De qué está hablando, señor Douglas?

—Es sencillo. A usted le pagan un sueldo o un tanto por artículo que escribe, y es justo que usted pague, a su vez, a las personas que le dan ciertos informes para realizar su trabajo.

—Es usted bastante claro, señor Douglas.

—Es lo que yo me digo. ¿Para qué ir con rodeos?

—La mayoría de las personas se conforman con salir en los periódicos. Les gusta que el gran público conozca cualquier suceso extraordinario que hayan protagonizado.

—A mí no me basta con eso.

—Ya me doy cuenta de ello, señor Douglas —respondió Janette, un poco irritada—. Pero yo también prefiero acabar de una vez este enojoso asunto. ¿Cuánto quiere?

—Me conformaré con poco. Tres mil francos creo que es un buen precio por la historia que le voy a narrar.

—Eso lo tengo que decidir yo. Habrá de contármela primero para saber si vale la pena o no pagar por ella esa cantidad.

—¿Y si se la cuento, me dice que no vale nada y luego la publica?

Janette se levantó bruscamente de la silla e hizo ademán de salir del reservado, pero Bill la cogió de la muñeca y la retuvo junto a él.

—Olvide lo que acabo de decir. No me doy cuenta de que a veces mi sinceridad me lleva demasiado lejos.

Janette se sentó y dijo muy sería, mientras abría el bolso y sacaba el bloc y el lápiz:

—Puede empezar cuando quiera, señor Douglas.

—Ocurrió hace cosa de año y medio. Yo estaba en Constantina adonde me habían enviado poco después de que me diesen de alta en la instrucción. Quiero decir con ello que hacía poco tiempo que había ingresado en la Legión. La compañía a la que me destinaron entró pronto en fuego. Fue con motivo de un soplo que se recibió en el Cuartel General comunicando que un grupo de guerrilleros pensaba asaltar un polvorín situado a seis millas al sur de la ciudad.

»La operación fue un éxito y nuestro jefe, como recompensa, nos concedió una semana de permiso, para disfrutar la cual se

estableció un turno de rotación, diez hombre por semana. Cuando al fin llegó la mía, cambié mis ropas de legionario por unas de persona que compré en una tienda de artículos usados y me dispuse a pasar siete días buenos en la ciudad, sin dar cuenta a nadie de mis actos. A la segunda noche recalé por azar en un bar del barrio europeo, donde conocí a un hombre que, tras estudiarme detenidamente, y después de unas cuantas horas de copeo, me propuso trabajase para él, diciéndome que ganaría mucho dinero. Mi nuevo amigo había bebido un poco más de la cuenta, pero un sexto sentido me llevó a la convicción de que allí había algo anormal y de que, en cierto modo, estaba refiriéndose a algo cierto. Acuciado por la curiosidad, me propuse darle cuerda y le seguí la corriente. Así me pude enterar del negocio en cuestión.

»Era un contrabandista de armas y estaba en combinación con un grupo de insurrectos. Me citó al día siguiente en cierto lugar de Constantina y nos despedimos. Cuando yo desperté a la mañana siguiente, temí que mi amigo lo hubiese olvidado todo o que, aún recordándolo, se hubiese dado cuenta de que había cometido una tontería al franquearse con un desconocido. Pero mi sorpresa no tuvo límites cuando al personarme en el lugar de la cita, lo vi a él esperándome. Se mostró jovial y me habló como si la conversación que habíamos sostenido la noche anterior se hubiese desarrollado dentro del cauce más normal. El caso es que mantuvo su oferta y yo accedí a trabajar para él. Comprendí que la bandera a que había jurado fidelidad me obligaba a representar una comedia, ya que si yo conseguía aniquilar aquella banda de contrabandistas, muchos de mis compañeros me deberían la vida, e incluso yo mismo podía evitar mi propia muerte, cortando de raíz el abastecimiento dirigido a los rebeldes que infestaban la comarca en que nuestra compañía estaba actuando. Conocí a unos cuantos tipos que mi amigo fue presentándome en el transcurso de dos días. Empecé a creer que mi permiso terminaría sin que hubiese hecho nada de provecho cuando por fin, determinaron que hiciese mi primer trabajo. Me indicaron que debía de conducir un camión desde Constantina hasta la frontera de Túnez. En una casa de campo, situada tras unos montes, me llenarían el vehículo con metralletas y bombas de mano.

»Salieron cuatro camiones además del mío. Llegamos a la casa de referencia, cargamos y emprendimos el regreso con toda la

mercancía hacia el lugar en que debíamos entregarla. Arribamos a nuestra meta, un pequeño pueblucho del Sur de Constantina, y descendimos de los coches, metiéndonos en una casa en la que se iba a ventilar el asunto. Allí conocí al jefe. Era un tipo rubio, bien parecido, a quien nadie hubiese creído capaz de tirar una piedra, a un gato. En un momento determinado, precisamente cuando un jefe rebelde vino a pagar la mercancía, para llevársela en una recua de mulos, saqué mi pistola y mantuve a todos a raya ordenando a uno de los contrabandistas que telefonease a la policía. Poco después, llegó ésta y fueron aprehendidos todos los asistentes a aquella fiesta».

Bill terminó su relato mientras Janette continuaba garabateando taquigráficamente durante tinos segundos más. Finalmente ella levantó la mirada suspirando.

—¿Nada más, señor Douglas?

—¿Le parece poco? Creo que será una excitante aventura para sus lectores, si usted lo adereza con un poco de emoción.

—Seré una buena cocinera, señor Douglas.

—¿Quiere decir que le ha gustado la historia?

—La encuentro más publicable que las que me han narrado un par de sargentos.

—Bueno, celebro que así sea. —Bill se levantó murmurando—: Tendrá que perdonarme, pero el caso es que tengo alguna prisa.

La joven también se puso en pie, extrajo de su bolso un fajo de billetes y contó unos cuantos que entregó a Douglas.

—Aquí tiene sus tres mil francos.

Bill los cogió, los guardó en el bolsillo y se dirigió hacia la puerta.

—Ya sabe que me tiene a su disposición, Janette. Si permanece algunos días más en Jenifra, puede que nos volvamos a ver.

Bill salió del reservado y cerró a sus espaldas. Cuando bajó la escalera se dirigió al mostrador silbando una canción.

—Dame una botella de *whisky*, Pierre —dijo al cantinero.

Pierre negó con la cabeza.

—Mis sentimientos hacia ti siguen siendo los mismos, Bill.

—¿De veras, viejo? Pues escucha esto. —Bill hizo una pausa y sacó el manojo de billetes—. ¿No hay otro lugar en Jenifra donde vendan *whisky*?

Pierre contempló el dinero con los ojos dilatados y después de humedecerse los labios con la lengua, expuso:

—Puede que haya otro que venda *whisky*, pero ninguno tiene tu favorito. Sólo te lo puedo vender yo y a un precio irrisorio. Mil francos —acuerdo. Tráelo.

Pierre se volvió, cogió de un estante una botella y la puso delante de Bill.

—Aquí la tienes, muchacho.

Douglas contó mil francos y se los puso sobre la barra.

—Pero, Bill —rezongó el cantinero—. ¿Y la cuenta pendiente? Paga al menos algo.

El soldado agregó quinientos francos a los billetes que había dejado con anterioridad, se puso la botella bajo el brazo y advirtió antes de emprender la marcha:

—Recuerda que son quinientos menos.

Minutos más tarde penetraba en el pabellón donde había dejado a René, el cual lo recibió con una exclamación:

—¿Es cierto lo que ven mis ojos? Creí que esta vez no lo conseguirías. ¡Eres un grande, Bill! Pero debes darte prisa. El sargento ha venido a echar una ojeada por aquí y se ha puesto furioso al no verte. Hemos de ir al Servicio Cartográfico a recoger el mapa y ya te hemos preparado el *jeep. Saldremos de Jenifra dentro de una hora.*

Bill dejó la botella de *whisky* sobre la cama de su amigo y levantó la almohada cogiendo una novela que había dejado y leyó el título en voz alta: *Contrabando de armas en Argelia*. Novela de emoción por Henry Tracy. Colección Tanques y Puñetazos. —Hizo una pausa mirando a su amigo y preguntóle:

—¿Cuánto te cuesta esta paparruchada, René?

—Cincuenta francos. ¿La has leído? A mí me gustó. El protagonista es un legionario como nosotros a quien dan un permiso de una semana, y en su transcurso, entabla relación con una banda de contrabandistas, a los que detiene cuando van a entregar las armas a los rebeldes.

—Conozco el argumento —dijo Bill—. A mí también se me ocurrió leerla la otra noche, cuando estaba de guardia en el pabellón de los oficiales. ¿Sabes una cosa, compadre?

—¿De qué se trata?

—Esa botella de *whisky* que ves ahí, la debes al talento de este autor, Henry Tracy. Recuerda que brinde por él al primer trago.

René miró a Bill sin comprender a qué se refería y se encogió de hombros, replicando:

—Date prisa, muchacho. Ya estoy deseando llegar a Argos Tres.

CAPÍTULO III

—¡Eh, Bill! ¡Mira aquello! —exclamó René, señalando un monte sobre cuya cúspide se levantaba una columna de humo, a unas cinco millas de donde se encontraban.

El americano, que iba al volante, observó en la dirección que su amigo le indicaba y luego chasqueó la lengua, diciendo:

—Eso no significa nada.

—¿Tú crees? Yo no las tengo todas conmigo.

—¿No te he dicho que es una región pacífica? Aquí podrías traerte aquella novia que tenías en París y salir todos los fines de semana al campo, sin que os ocurriese nada.

Hacía tres horas que habían salido de Jenifra y el *jeep, siempre subiendo por un terreno quebrado, brincando como un saltamontes por caminos de mulos, continuaba su carrera hacia el monte Ayachi.*

Tengo ganas de que acabe el viaje —comentó Bill—. Rex se alegrará mucho de verme. La hemos corrido juntos muchas veces cuando estábamos en Casablanca. Es un gran chico. Dentro de tres meses termina su enrolamiento y se irá a Montana, su tierra natal. La última vez que hablé con él, antes de salir para Argos Tres, me enseñó una carta de un agente de Bienes Raíces. Rex se ha comprado un pequeño rancho y a partir de ahora se dedicará a criar reses. Hace bien. Siempre me he preguntado por qué a Rex se le habría ocurrido meterse en la Legión Extranjera.

—¿Nunca te lo ha explicado?

—No se lo he querido preguntar nunca. El primer deber de un legionario, respecto a sus compañeros, es ser discreto y no hacer preguntas que no quisiera que se las hiciesen a él.

—Eso me recuerda tu situación, Bill. ¿Vas a dejar perder el negocio de grillos de tu tía?

—¿Qué quieres que yo le haga? Hoy es veintisiete de septiembre, para el treinta y uno de diciembre debo estar en el

hotel Plaza de Nueva York, y mi enrolamiento en la Legión no termina hasta el año próximo. Ya ves que me es imposible dar satisfacción a tía Eudivigis. —Bill dio un suspiro de resignación, añadiendo—: Después de todo, ahora no tengo nada y no cuesta ningún trabajo continuar siendo pobre.

—¡Mira a la derecha, Bill! —chilló de pronto René.

Dos indígenas habían aparecido por un ladera cercana y se habían detenido, siguiendo con la mirada la ascensión del *jeep. Tenían las manos a la espalda y se cubrían con largas chilabas.*

—¿Qué pasa? —preguntó Douglas—. No son más que dos marroquíes. ¿Ves tú algo más?

—Me han dado un gran susto cuando los he descubierto —explicó Jourdan.

—Creo que estás demasiado nervioso.

—¡Uno de ellos levanta el brazo!

—Debe de haber visto a su abuela y está saludándola. ¿No es cosa corriente que se saluden los familiares? —rezongó Bill.

Transcurrió otra media hora. René cogió la botella de *whisky*, que estaba ya por la mitad, y bebió un gran trago.

—¿Quieres tú? —ofreció su amigo.

—Cuando lleguemos.

—Hace un condenado frío. ¿Cuánto dijo el general que tenía de altura el Ayachi?

—Tres mil setecientos cincuenta y uno, pero Argos Tres está bastante más bajo. No pueden poner muy arriba el observatorio, so pena de quedarse sin ver nada.

Había cesado de llover poco después de haber salido de Jenifra, pero siempre habían corrido bajo un cielo encapotado y ahora empezó a caer el agua torrencialmente.

—Conque podía traer a mi chica aquí, ¿eh? —Gruñó René—. Éste es un endiablado país. Observa la tierra. Sólo sirve para criar alacranes.

Una llama brotó en un monte que tenían delante, pero enseguida la lluvia la apagó y se elevó al aire una columna de humo. Los dos amigos quedaron absortos contemplando aquel incidente y René preguntó:

—¿Crees que serán los de Argos Tres que nos han visto?

—No. Ellos quedan más a la derecha. Debe ser de alguna tribu

que está en fiestas. Estarán reuniendo a todos los aduares para celebrar alguna cosa.

—Podían habernos dado una estación emisora de pequeño calibre y habríamos establecido contacto con Argos Tres.

—Eso prueba qué nuestra misión no tiene nada de particular. Si hubiese habido algún peligro, nos habrían proporcionado la estación.

—¿Quieres cambiar conmigo?

—Seguiré conduciendo hasta llegar. Ya falta poco. Todo lo más una hora.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, René asomó la cabeza por la ventanilla y la volvió a meter con el cabello chorreando agua.

—Cada vez está más oscuro, Bill. —Consultó su reloj y añadió—: Faltan diez minutos para las cinco.

—Dos millas más y nos detendremos en nuestro destino. Menuda sorpresa se va a llevar Rex.

El vehículo prosiguió su ascensión y al cabo de un rato, Bill pisó los frenos haciéndolo detener.

—Esto es Argos Tres, muchacho. Coge la metralleta y salta.

Tomó Bill también la suya y salió por la portezuela contraria a la que había utilizado su amigo. Un diluvio de agua cayó sobre ellos. Bill señaló una posición que había en un montículo, a unas diez yardas de donde se encontraban.

—Es allá arriba. Hasta ahí no puede subir el *jeep. Tendremos que hacerlo nosotros. Anda, empieza a trepar. Yo iré detrás.*

Subieron por un estrecho camino que bordeaba un terraplén y cuando hubieron llegado ante el puesto, René gritó:

—¡Eh, muchachos! ¿Es que no nos veis?

Argos Tres había sido levantada siguiendo la tradición de las posiciones de su género. Era bien simple. Piedra sobre piedra, se alzaba una pequeña muralla, en cuyo recinto se habían construido varias casas bajas en donde hacían su vida ordinaria los componentes del destacamento. Había un hueco en la pared ocupado por una rústica puerta por la que se entraba y salía. René llegó hasta la puerta jadeando, y la golpeó fuerte, gritando:

—¡Qué demonios os pasa! ¡Abrid, muchachos!

Al tercer puñetazo la puerta se abrió sola chirriando sobre sus goznes.

Los dos amigos se miraron con un gesto de preocupación.

Bill pasó al interior y después lo hizo René. El viento arrancaba mugidos de las aristas de las rocas.

Se quedaron boquiabiertos cuando contemplaron la escena que se ofrecía ante sus ojos.

En un rincón de la posición había un soldado boca arriba, con los ojos espantosamente abiertos. Tenía un agujero en la frente, pero estaba completamente limpio porque la lluvia se había encargado de ello.

—¡Mira aquello, Bill! —exclamó René, dando un gemido.

Señalaba a otro soldado cuya cabeza había sido separada del tronco. La sangre había sido arrastrada por el agua hasta un declive, formando un gran charco de un color rojo oscuro. En la muralla del fondo había otros dos hombres que conservaban posiciones de guiñol. Era evidente que habían defendido sus vidas y que la muerte les había sorprendido haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¿Dónde está Rex? —dijo la voz ronca de Bill y él mismo se extrañó de que tales palabras hubiesen podido brotar de su garganta.

—No lo veo, Bill —respondió René—. ¡Santo cielo! Ya te dije que esto no me gustaba.

—Quédate aquí y estate preparado —repuso el americano—. Yo voy a inspeccionar las casamatas. Asómate por la muralla y no le quites ojo de encima al *jeep*.

Bill entró bajo el primer techado y entonces descubrió a su amigo. Estaba tendido en el suelo y tenía una bayoneta clavada en el estómago. Pero había tenido tiempo de saber que moría y había cerrado los ojos. Parecía que dormía porque en su faz no había ningún gesto violento. Bill sintió que se le hacía un nudo en la garganta y se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

Se pasó la mano por la frente y entonces vio que sobre un cajón había una carta empezada y a su lado una vela casi consumida. Acercóse y reconoció la letra de Rex. Cogió la carta, que estaba solo iniciada y empezó a leer:

> «Señor Thomas Lawford, Columbus (Montana)». Muy señor mío:
>
> »Le agradezco el servicio que me ha prestado para la

compra del rancho Cinco Estrellas, y sirva la presente para comunicarle que el tres de enero saldré de París hacia Nueva York, de donde inmediatamente me trasladaré a esa ciudad, a la que espero llegar el seis o el siete del mismo mes…».

La carta no decía nada más. Bill la arrugó apretando su puño hasta que los nudillos adquirieron un color blanco. No, Rex Garland nunca iría a Columbus. Jamás podría ver su rancho recién adquirido.

De pronto, un centenar de gritos ululantes cortaron el aire.

—¡Eh, Bill! —chilló René desde fuera—. ¡Ya están aquí!

Bill se precipitó al exterior y corrió hacia donde estaba su amigo. Se asomó por la muralla de piedra y vio a un enjambre de indígenas que corrían monte arriba en dirección a Argos Tres.

CAPÍTULO IV

René hizo ademán de empezar a disparar su metralleta, pero Bill le apretó férreamente el brazo, mientras murmuraba entre dientes, con voz rabiosa:

—No, todavía no. Hemos de dejar que se aproximen. Los indígenas saltaban ágilmente, acercándose cada vez más a dónde se hallaba el *jeep. Era evidente que intentaban hacerse con él, puesto que era el único medio que los dos soldados tenían para regresar a su base.*

—Entiende esto. René —dijo Bill—. Los freiremos a balazos y cuando empiecen a huir saltaremos hacia el *jeep. No podemos permanecer un minuto más aquí. De lo contrario, se repondrán y entonces tendremos el mismo final que los demás.*

Jourdan asintió con la cabeza.

La fuerte lluvia entorpecía la visibilidad, pero a pesar de ello, pudieron calibrar que los atacantes no bajarían de cincuenta.

Los que iban a la vanguardia llegaban ya a dónde se hallaba el vehículo y Bill exclamó:

—¡Ahora, muchacho!

Las dos metralletas esgrimidas por los soldados empezaron a entonar su himno de muerte.



Las dos metralletas esgrimidas por los soldados...

3 — ARGOS

Los seis rebeldes que capitaneaban el grupo se detuvieron de pronto y empezaron a contorsionarse espasmódicamente cada vez que un proyectil penetraba en su carne. Luego fueron cayendo y quedando exánimes sobre la tierra. A éstos les sucedieron otros, pero también se abatieron bajo las ráfagas que les enviaban desde

Argos Tres.

Cuando los alrededores del *jeep quedaron cubiertos por cadáveres, los soldados se dieron cuenta de que los que habían quedado en la retaguardia volvían las espaldas y echaban a correr hacia abajo.*

—¡Vamos al *jeep, René! ¡Pero continúa disparando! Saltaron por encima de la muralla, se dejaron caer fuera y descendieron el camino sin dejar de enviar, de vez en cuando, unas cuantas docenas de balas hacia el fondo del monte.*

Se metieron en el vehículo y dejaron de disparar. Bill maniobró con rapidez y en un palmo de terreno consiguió dar la vuelta colocando la proa del *jeep hacia abajo e inmediatamente partió raudo como una flecha.*

Los indígenas empezaron a tirotearlos. Una bala rompió el parabrisas y pasó entre los dos amigos, perdiéndose por detrás, después de agujerear dos veces la lona.

—Hemos escapado de buena —dijo él, dando un suspiro.

—No estés tan seguro de ello. Apuesto a que abajo nos estarán esperando.

El *jeep corría como una exhalación pegando botes, saltando, y a veces parecía que iba a volcar o a precipitarse en el abismo que tenían a la derecha, pero Bill era buen conductor y movía el volante de un lado a otro, haciendo gala de una sangre fría poco común.*

—Creo que nos hemos ganado un buen trago del *whisky* —indicó René, cogiendo la botella.

La destapó, levantándola para llevar el gollete a sus labios, y, de pronto, sonó un disparo y la botella saltó hecha añicos cayendo su contenido sobre las piernas del soldado.

—¡No! —exclamó, con acento compungido—. ¡Es lo único que faltaba! —Yo en tu lugar no me ocuparía del *whisky*. Echa una ojeada a lo de allá.

Los ojos de René se dilataron al ver que en el estrecho camino habían colocado un montón de rocas impidiéndoles el paso y que a los lados de la barrera se encontraban de quince a veinte hombres apostados en la cuneta.

—¿Qué vas a hacer, Bill?

—Han dejado un espacio libre a la derecha. Aquél en dónde están los hombres. Lanzaré el *jeep contra ellos, pero cuando nos hallemos a unas cincuenta yardas escúlpeles el contenido de tu*

metralleta. Lo siento, pero tendrás que ponerte de pie.

—Descuida, será un placer.

El *jeep siguió corriendo hacia el obstáculo, y de pronto, Bill hizo girar el volante, gritando:*

—¡Duro con ellos, muchacho!

René se incorporó y trepidó entre sus manos la metralleta lanzando contra los indígenas su carga mortífera. Bill vio cómo las figuras de los que estaban a un lado de las rocas se acercaban rápidamente hacia el parabrisas. Sobrevino el brutal choque. La proa del *jeep se llevó por delante como muñecos de trapo a cuatro hombres y el aire fue cortado por los aullidos de dolor de los moribundos. Pareció por un momento que el vehículo iría derecho hacia el precipicio, pero Bill lo enderezó nuevamente mientras las ruedas chirriaban al filo mismo donde empezaba el abismo.*

Sonaron todavía detrás de ellos unos cuantos disparos, pero luego se hizo poco a poco el silencio.

René estaba encogido en su asiento, cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué te pasó, muchacho? —preguntó Bill—. ¿Te han dado?

—No —murmuró su compañero—. Ocurrió cuando embestiste a esos condenados tipos. El golpe fue tan repentino que me aticé yo mismo con la metralleta. Creo que me he sacado un diente o al menos lo tengo colgando.

El francés se quitó las manos de la cara y la mostró manchada de sangre.

—Bueno, eso no es nada —sonrió Bill—. Ahora serás más interesante para las mujeres.

—¿Tú crees que tendremos tiempo, a partir de ahora, de ver mujeres?

—Lo procuraremos. No podemos vivir sin ellas.

—Esto significa una rebelión en el Atlas Central —dijo René.

—Sí, y apuesto que es lo que más temía el Alto Mando.

—¿Cuánto crees que son, Bill?

—No me interesa. Lo único que quiero es hacer un escarmiento. Lo de Rex lo van a pagar caro. Te lo prometo, muchacho.

—¿Lo viste?

—Sí. Le habían clavado una bayoneta cuando estaba escribiendo una carta a Montana. Decía que a primeros de año estaría en su

nuevo rancho.

—Comprendo que lo debes sentir mucho. Yo también lo conocía y era un gran chico.

No encontraron dificultad en el resto del viaje y como el camino era todo en pendiente, alrededor de las nueve de la noche entraron en el campamento de Jenifra, deteniendo el vehículo ante el pabellón de los oficiales.

Los dos amigos saltaron a tierra y sucios, llenos de barro, se dirigieron al centinela que había en la puerta.

—¿Has visto entrar al comandante Clair? —preguntó Bill.

—Sí —dijo el otro—. Hace un rato.

Pasaron al vestíbulo donde había otro centinela que los obligó a detenerse. Los midió de pies a cabeza con el ceño fruncido, inquiriendo:

—¿Qué queréis?

—Nos están esperando, compadre —respondió Bill—. Anda, mete el hocico dentro y di que aquí están los soldados Douglas y Jourdan.

El centinela asaetó con la mirada al americano, pero finalmente giró sobre sus talones y tras llamar a la puerta, se introdujo en el interior dejando aquella entreabierta.

Se oyó un murmullo y de pronto una voz chillo:

—¿Ha dicho usted Douglas y Jourdan?

Era la voz del general Laroque. Debió de haber una señal de afirmación por parte del centinela porque enseguida el viejo militar volvió a gritar:

—¡Dígales que pasen!

El soldado regresó indicando con la mano a los que esperaban que podían entrar.

Bill y René así lo hicieron.

En la sala se encontraban además del general, los coroneles Chantall y Gabin, los comandantes Aumont y Clair y el capitán Proust.

Los soldados pegaron un taconazo y saludaron militarmente, mientras los oficiales y el general los observaban perplejos.

—¿Qué demonios han hecho ustedes? —gritó Laroque—. ¡Esto les va a costar caro! ¡Serán sometidos a un consejo sumarísimo!

Los dos amigos miraron ceñudos a su superior.

—¿Cuál va a ser el motivo, señor? —preguntó Bill.

—¡No han cumplido la misión que les ha sido encomendada!

—Lo siento, señor, pero debe usted de haber sido mal informado. Es cierto que no entregamos el mapa, pero fue debido a que cuando llegamos a Argos Tres no quedaba nadie vivo.

Un silencio siguió a las últimas palabras de Douglas. La mirada de los oficiales iba alternativamente del rostro de René a Bill y viceversa.

El general carraspeó fuerte y exclamó:

—¡Informe, soldado Douglas!

—Sí, señor. Llegamos a Argos Tres poco antes de las cinco, como usted mismo había señalado, dejamos *el jeep* en el camino y subimos a la posición. Allí arriba todos habían muerto. A unos los habían matado las balas y con los demás utilizaron el cuchillo. Apenas habíamos llegado, cuarenta o cincuenta indígenas se lanzaron sobre nosotros. Trataron de quitarnos el *jeep, pero se lo impedimos haciendo una barrera con nuestras metralletas. Pudimos espantar las moscas y salimos de allí a toda velocidad. Pero un poco más bajo del monte nos estaban esperando otros que habían interrumpido el paso, colocando en el camino un montón de rocas. Había un pequeño claro junto a la cuneta, desde donde pensaban freírnos, y lancé el jeep contra ellos mientras mi compañero me cubría con su arma. Conseguimos pasar de milagro porque el jeep estuvo a punto de volcar varias veces. Eso es todo, mi general.*

Laroque se acarició el mentón.

—Así que no hubo suerte —murmuró. Y al percatarse de que estaba pensando en voz alta, se apresuró a rectificar—: Quería decir que esos muchachos de Argos Tres no han tenido muy buena fortuna.

—No, señor —convino Bill.

—De todas formas, ustedes han hecho lo que han podido —respondió el general, teniendo en cuenta que los dos soldados se habían limitado a defender sus vidas—. Pueden retirarse. Estarán necesitados de un buen descanso.

Bill carraspeó y el general depositó la mirada en su rostro, preguntando:

—¿Qué quiere ahora, soldado?

—Mi amigo y yo deseamos ir con la patrulla que salga del

campamento para castigar a los rebeldes.

René fue a protestar, pero su amigo le tocó suavemente con el codo para que callase.

—Una actitud muy digna —murmuró Laroque.

—Entre los muertos que encontramos en Argos Tres, se hallaba un amigo mío.

—Sí, ya lo dijo usted, pero el caso es que por ahora no habrá represalias. De todas formas, tendré en cuenta su petición. Retírense.

Cuando los dos soldados se hubieron marchado, el general miró a sus oficiales retrospectivamente, murmurando:

—¿Qué les parece eso a ustedes? Ha fracasado su trampa, coronel Gabin.

—Tengo una idea —repuso el comandante Clair.

—¿De qué se trata? —inquirió el general.

—Ésta sí que no puede fallar. Douglas y Jourdan no podrán librarse esta vez de los hombres de Mohamed Sarro. Haremos que Douglas y Jourdan se arrojen en paracaídas en plena región de Tadirust. No les valdrá entonces sus metralletas y terminarán por caer prisioneros. Mohamed Sarro encontrará, pues, el mapa.

—Olvida una cosa, comandante Clair —le interrumpió Laroque —. No puede salir ningún avión del aeródromo, y aún cuando pudiese ser, yo no aprobaría ese plan. Todo tiene un límite.

—¿Qué hacemos entonces, mi general? —preguntó el coronel Chantall.

—Eso es lo malo. Los caminos están impracticables y es imposible realizar una operación en gran escala contra Mohamed Sarro. Es como si estuviéramos atados de pies y manos. El mal tiempo durará por lo menos dos semanas.

Llamaron a la puerta, y tras autorizar la entrada Laroque, penetró en la estancia un soldado con un papel en la mano.

—El mensaje que esperaba de Rabat, mi general.

Laroque cogió el papel, lo desdobló y cuando salió el soldado, leyó en voz alta:

> «Aborte levantamiento de Mohamed Sarro sin armar ruido. Jefe del Estado mayor del Cuartel General».

—Laroque apartó la mirada del mensaje, exclamando: —¿Han oído ustedes mayor insensatez en todos los días de su vida militar? ¡Que acabe con Mohamed Sarro sin que nadie se entere! ¿Acaso creerán que tengo poder hipnótico?

Hubo un largo silencio, en tanto Laroque iba de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

—Va a ser bastante difícil de conseguir eso que le piden, mi general —comentó Chantall.

Laroque se detuvo y rugió:

—¡Difícil o no, tendrán que dar ustedes con la clave! Por lo pronto, preocúpense de dar las órdenes oportunas a quienes conocen el fin de Argos Tres para que no divulguen la noticia a nadie. Usted, comandante Clair, hable con esos soldados que acaban de salir. Querrán contar su aventura a todos. Vaya deprisa.

Clair se levantó, y después de saludar, salió de la estancia.

Bill y René estaban tumbados en sus camastros cuando un soldado les ordenó se presentasen inmediatamente en el despacho del comandante Clair. Los dos soldados obedecieron y poco después Clair, teniéndolos como únicos oyentes, les manifestó que guardasen el más absoluto silencio respecto a la misión que habían cumplido en Argos Tres y a lo que allí habían visto. Hecha la advertencia, los dos soldados salieron fuera, deteniéndose bajo la fina lluvia.

—Que guardemos el secreto —rezongó René—. ¿No te huelo eso mal, Bill?

—No te preocupes demasiado por el porqué de las cosas. Déjalos que hagan lo que quieran. Ya ves, ni siquiera van a mandar una patrulla de castigo. ¿Sabes lo que te digo? Que nos vamos a ir a la cantina a beber unos vasos de *whisky*. Lo necesito más que nunca.

—¿Y el dinero para pagarlo?

—Tengo mil quinientos francos.

—No me habías dicho que habías heredado, al fin, a tu tía Eduvigis, Bill.

—Déjate de historias. Fue un negocio que hice antes de marcharnos.

Poco más tarde, penetraban en la cantina.

Eran cerca de las diez de la noche y en el local sólo había tres o cuatro soldados que debían gozar de un permiso especial.

Pierre limpiaba el mostrador con un trapo y al oír ruido de pasos que se acercaban, levantó la mirada.

—¡Ah, sois vosotros!

—Abre una botella de *whisky*, Pierre, y llena un par de vasos.

El cantinero adoptó una actitud pensativa por unos instantes, pero recordando que por la mañana Bill había exhibido un manojo de billetes, se decidió a servir lo que se le pedía. Cuando los dos amigos bebían el primer trago, una voz femenina gritó desde la puerta:

—¡Eh, con usted quería hablar!

Bill dio un respingo, reconociendo la voz de Janette, la periodista.

Al volverse, vio que ella se acercaba a él con los ojos iracundos y mostrando una novela en la mano.

La muchacha se detuvo junto a los soldados y exclamó:

—Es usted un farsante, señor Douglas, y me va a devolver ahora mismo los tres mil francos, si no quiere que le cueste un disgusto.

René miró a la joven con el ceño fruncido, pero al ver la novela gruñó:

—¿De dónde ha cogido eso? Apuesto a que ese libro lo ha limpiado de mi casa. ¿Te acuerdas, Bill? Es *Contrabando de armas en Argelia*, por Henry Tracy.

Bill dio un puntapié a su amigo, el cual lanzó un gemido de dolor y levantó la pierna frotándose un tobillo. En el rostro de la joven apareció una sonrisa de triunfo.

—Gracias, soldado, por las palabras. ¿Qué dice, señor Douglas? Su amigo le acaba de destrozar la coartada que pudiera usted tener preparada para este caso. La novela es de él, pero usted la leyó y me soltó el carrete que había en sus páginas.

—¿Quién le dio la novela?

—Tuve mis sospechas respecto a lo que usted me contó y pregunté por su inmediato superior. Me dijeron que era el sargento Risso. Puso una cara de espanto cuando le conté que yo le había dado a usted tres mil francos por el relato de su aventura en Constantina. Risso me dijo que aquello había sido un timo. Me hizo que le contase la historia y entonces me rogó que me esperase y se marchó, regresando con este librito. He perdido un par de horas leyéndolo, pero ha valido la pena. Coincide exactamente con su

cuento, señor Douglas.

—Está bien —dijo Bill—. Admito que fue un truco, pero le aseguro que no pagó en balde sus tres mil francos, Janette. Precisamente hoy hemos corrido una aventura que supera a todas las de esa novela.

—Me ha podido engañar una vez, pero no lo hará otra.

—Le juro que es cierto, Janette, Tiene que escucharme y entonces se convencerá de que no le miento.

La joven le miró fijamente a los ojos y al cabo de un rato hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Está bien. Le escucharé. ¿Qué es ello?

De pronto René pegó un salto exclamando:

—Cierra la boca, Bill. Recuerda lo que nos dijo el comandante.

Bill miró a su amigo e hizo un gesto de impotencia, cuando volvió los ojos a la periodista.

—Es cierto. Lo siento, Janette. Habrá de esperar otra oportunidad.

—De acuerdo, —convino la joven, mostrando la palma de la mano abierta—, pero ha de devolverme los tres mil francos. Se los entregaré cuando llegue esa oportunidad.

—El caso es que los he gastado casi todos. Sólo puedo devolverle quinientos.

—Me lo suponía, señor Douglas.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que le he dicho antes. Poner en conocimiento de sus superiores el engaño de que he sido objeto.

—¿Y qué va a ganar con eso? No va a recuperar sus tres mil francos.

Los ojos de Janette brillaron intensamente.

—Es usted un desaprensivo, señor Douglas.

—¿No cree que su vocabulario es un poco duro?

—Por el contrario. Creo que es demasiado suave para calificar su acción.

La joven se volvió con brusquedad y salió, taconeando rápidamente, del local.

—Creo que no le ha gustado —dijo René—. Tal vez tengamos dificultades.

Bill apuró el contenido de su vaso e indicó con la mano a Pierre

que volviese a escanciar.

En aquel momento entró el sargento Risso en la cantina y, al ver a los soldados, se dirigió a ellos sonriendo. Cuando se detuvo descubrió sobre el mostrador la novela que había dejado Janette y preguntó, mirando a Bill:

—¿Cuando te imponen la medalla, héroe?

Douglas echó chispas por los ojos y fue a decir algo, pero su amigo le contuvo a tiempo sujetándole por un brazo.

El sargento se puso en jarras y ordenó:

—Enseñadme vuestro permiso para poder estar aquí a estas horas.

—No lo tenemos —respondió Bill.

—Sí, ¿eh? Pues tendré que dar parte de vosotros al comandante Clair. Y será mejor que os vayáis ahora mismo a la cama o, de lo contrario, lo vais a pagar más caro todavía.

Bill pidió la cuenta a Pierre, y tras abonar lo que habían consumido, salió con su amigo de la cantina.

Sonó el toque de silencio cuando se estaban desvistiendo. El pabellón quedó a oscuras y poco a poco las conversaciones fueron quedando truncadas a lo largo de las hileras de camas.

—¿Estás despierto, Bill? —murmuró René cuando eran las once y media.

—¿Crees que puedo dormir después de haber visto aquello allá arriba? —respondió Douglas.

—Te llamaba para decirte una cosa.

—¿De qué se trata?

—Se han olvidado del mapa. ¿No lo recuerdas? El que teníamos que entregar en Argos Tres.

—Bueno, mañana lo devolveremos.

—¿Por qué demonios no habrá querido el general que vayamos con esa columna?

—Puede que no sea cosa de nuestra compañía.

—Es lo que digo yo. Cuando empiezan los fuegos artificiales todo lo relacionado con el ejército se convierte en secreto.

El soldado que había de servicio a la entrada del pabellón avanzó unos pasos por el corredor y, deteniéndose, gritó:

—¡Eh, vosotros! ¡Douglas y Jourdan! ¡A ver si os coséis la boca de una vez!

Luego dio media vuelta y volvió junto a la puerta.

—¡Ese maldito Coriot! —rezongó René.

—Será mejor que le hagamos caso e intentemos dormir —dijo Bill.

Pero él no logró conciliar el sueño, hasta muy avanzada la madrugada.

CAPÍTULO V

Bill y René, después de desayunar, se dirigieron hacia la salida del comedor. Fuera continuaba lloviendo.

—¿Adónde vamos, Bill? —preguntó Jourdan.

—¿Es que no te acuerdas? Entregaremos ese mapa al comandante.

Cruzaron corriendo el espacio que había entre los barracones y ganaron la entrada de aquél en que se hallaba instalada la oficina del comandante Clair.

El centinela les obligó a detenerse, pero cuando le explicaron que querían ver a su superior, les autorizó a seguir.

Bill iba a llamar a la puerta cuando René exclamó, de pronto:

—¡Espera, muchacho!

El americano se volvió, observando que su compañero se buscaba nerviosamente algo en los bolsillos.

—¡El mapa, Bill!… ¿Lo has cogido tú?

Douglas enarcó las cejas.

—Te lo quedaste tú. Estaba bien contigo. ¿Por qué demonios lo había de coger yo?

René hizo un gesto compungido y exhibió las manos vacías.

—Pues no lo tengo. Eso es, muchacho.

—Déjate de bromas, René. Esto es algo serio. Ya tendrás oportunidad de reírte de mi otro día.

—No quiero embromarte, Bill. Te lo juro. —René se quedó un momento pensativo y de súbito exclamó: ¡Ya está! Debe haberse caído alrededor de mi cama. Volvamos al dormitorio.

Abandonaron aquel lugar y regresaron al pabellón de la compañía. Fueron a sus camas y René se agachó buscando por todas partes.

—No te molestes, ya han barrido —dijo Bill.

El francés se incorporó lamentándose.

—No puede ocurrirme a mí eso.

—Vamos, no han vaciado todavía los cubos —sugirió Bill—. Es un trabajo que no me gusta, pero habremos de hacerlo.

Fueron mirando uno a uno los papeles que habían sido barridos del piso, desde el más grande al más pequeño, pero cuando dieron por terminada su labor no habían recobrado el mapa.

—¡Santo cielo, Bill! ¿Qué vamos a hacer?

—No pierdas la calma. En estos casos hay que usar la cabeza. —Douglas hizo una pausa mientras se pellizcaba el lóbulo de la oreja—: Es evidente que el mapa no ha sido barrido, pero ha podido ocurrir que el hombre de la escoba lo haya encontrado y, después de verlo, lo haya metido en su bolsillo.

—¡Entonces lo han de tener Patterson o Daniel! Vamos a hablar con ellos.

Pero tampoco las conversaciones que mantuvieron con sus compañeros rindieron fruto. No, ninguno de ellos se había guardado ningún papel mientras barrieron el piso del pabellón.

Fracasado este nuevo aspecto de su investigación, René se descorazonó. Bill propuso ir a la cantina y allí se fueron, sentándose ante una mesa.

—¿Te das cuenta, Bill? —gimió René—. Esto es el fin para los dos. Nos confían un mapa estratégico y yo lo pierdo. Soy una verdadera calamidad. No sólo es mi ruina, sino también la tuya.

Bill pidió a Pierre que sirviera dos *whiskys* y permaneció en actitud pensativa hasta que bebió el primer trago. René había dejado de lamentarse y ahora miraba a su amigo con una mueca de inquietud.

—¿Qué te pasa, Bill? ¡Anda, insúltame, pégame sí quieres! ¡Todo lo tendré bien merecido!

—Estoy dando vueltas al asunto.

—Pero ello no cambiará los hechos. Seremos sometidos a un juicio sumarísimo. ¡Eso es! ¡Nos acusarán de colaboración con el enemigo! ¡Dirán que hemos traicionado nuestra bandera!

—Ahora acabas de decir la primera sensatez.

René desorbitó los ojos y tragó saliva.

—Pero Bill… ¡No irás a creer que he entregado el mapa a otra persona! ¿Piensas de verdad que lo he hecho?

—No me has entendido o, mejor dicho, no me he explicado bien

—contestó Douglas mirando fijamente al rostro de su amigo—. Todo está claro, muchacho. Te han robado el mapa.

René saltó de la silla.

—¿Qué dices?

—El asunto está bien claro. Pero nosotros hemos sido los culpables.

—Dilo de una vez o me estallará la cabeza.

—¿Recuerdas nuestra conversación de anoche, cuando estábamos acostados? Hablábamos de un mapa que debíanles haber entregado en Argos Tres. Nos comportamos como dos estúpidos. Uno de nuestros queridos compañeros lo oyó y sólo tuvo que esperar a que nos durmiéramos, para limpiarte el plano del uniforme.

—¿Un traidor en nuestra compañía? —rezongó René.

—Eso es. Y lo debemos tener más cerca de lo que suponemos.

—¿Y por qué uno de nosotros había de hacer una cosa así?

—Por dinero, muchacho. El dinero es la palanca que mueve el mundo. Quienquiera que sea el ladrón, ha visto la oportunidad de hacerse con un buen montón de billetes vendiendo el mapa al enemigo.

—¡No lo podemos permitir! ¡Él se hará rico y a nosotros nos fusilarán!

—Eso es lo que vamos a tratar de impedir. Pero hemos de trabajar deprisa. Se olvidaron de pedirnos el plano porque ya no tiene objeto entregarlo en Argos Tres, pero en cualquier momento pueden acordarse de que lo tenemos en nuestro poder y lo habremos de soltar. Esa columna que debía de establecer contacto con Argos Tres no saldrá de Jenifra hasta dentro de dos días. Puede ocurrir que ni el comandante ni ningún otro se acuerde de nuestro mapa durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—Dios te oiga, Bill, Vamos a necesitar su ayuda.

—Es sólo una probabilidad y hemos de agarrarnos a ella como a un clavo ardiendo. Así las cosas, lo primero que hemos de hacer es dedicar nuestro trabajo a nuestros compañeros. Ya sabes a quienes me refiero. A los que duermen cerca de nosotros. Ellos son los únicos que nos pueden haber oído cuando hablábamos en la cama.

—¿A cuántos consideras como sospechosos?

—Yo creo que sólo nos pudieron oír con claridad los que se

encontraban en dos camas a mi derecha y otras dos a tu izquierda. Y puede que me exceda. A los demás solo pudo llegarles un murmullo, pero en manera alguna lograrían entendernos, por muy buen oído que tuviesen.

—A tu lado tienes a Richtern y a Dupont y a mi izquierda están Martino y Segovia. ¿Con cuál de ellos te quedas?

—Ese Richtern nunca me ha gustado nada. Es un tipo muy reservado. No ha congeniado nunca con nadie. Siempre va sólo por ahí. No me extrañaría nada que fuese el hombre que buscamos. Creo que haremos bien, en empezar por él.

Bebieron el *whisky* y Bill pagó su importe. Cuando se volvían para dirigirse hacia la puerta, llegó a sus oídos una exclamación procedente del fondo del local.

—¡Eso es un tío!

Había sido pronunciada en español y los dos amigos volvieron la cabeza.

—Allí está Segovia leyendo un periódico —dijo René.

—Aprovecharemos la oportunidad para interrogarle —murmuró Bill, y ambos se dirigieron hacia la mesa ante la que se sentaba el aludido.

—¡Enorme! —seguía exclamando Segovia mientras recorría con la mirada las líneas del diario que sostenía entre las manos—. ¡No hay nadie como él!

—Hola, muchacho —dijo Bill, en francés, cuando se detuvieron ante la mesa.

Segovia apartó los ojos de la crónica que leía.

—¿Qué hay, compañeros? —preguntó en el mismo idioma—. Sentaros si queréis. Os invito a una copa.

—¿Buenas noticias? —inquirió Bill.

—Estupenda. El Litri fue aclamado el domingo en Córdoba por quince mil personas. No hay nadie como él.

—Un gran político, ¿eh?

—No hombre, es un torero.

Bill hizo una seña a René para que se sentase y él lo hizo también, preguntando sin mirar al español:

—¿Has dormido bien esta noche, Segovia?

—No me puedo quejar. Me hicieron trabajar mucho ayer. Hice guardia en la entrada de la ciudad y ya sabéis lo que es eso. Todo el

día registrando coches y los bultos de esos mercaderes del diablo, y total ¿para qué? Sólo encontramos un par de viejos fusiles y unas cuantas municiones. Martino ha sido quien probablemente no ha pegado un ojo.

Los dos amigos sintieron un súbito interés por las palabras del español.

—¿Acaso se encuentra enfermo? —le animó Bill a proseguir.

—Eso le pregunté yo y me mandó al infierno con cajas destempladas. *Me* despertó un ruido a la madrugada y lo vi que venía del water. Fue entonces cuando lo interrogué. Se llevó un gran susto. Soltó una imprecación y se acostó. Yo volví a dormirme enseguida.

—Conque se encuentra enfermo, ¿eh? —dijo Bill—. ¿Sabes si está de servicio?

—Le correspondía guardia en la puerta del sur, pero hace un rato vi a Sarte y me dijo que el sargento Risso le había ordenado que sustituyera a Martino porque éste se había presentado a reconocimiento alegando que había pasado la noche con mucha fiebre.

Bill se incorporó diciendo:

—¿Es que no lo has oído? —repuso Jourdan—. Segovia nos invita a una copa.

—La beberemos en otra ocasión.

René hizo un gesto de desaliento, pero siguió a su amigo hacia la salida.

Fueron al botiquín, donde los médicos hacían el reconocimiento de los enfermos, y encontraron en el vestíbulo a media docena de soldados, pero entre ellos no se hallaba Martino. Preguntaron a unos y a otros, pero ninguno de los presentes había visto al italiano.

Volvieron a salir, deteniéndose bajo el techado, junto a la puerta, observando que de nuevo llovía torrencialmente.

—¿Dónde estará? —preguntó René.

—No sé, pero hay una cosa clara ya. Martino te robó el mapa. Lo más probable es que ese condenado italiano haya salido del campamento para ir a vender su mercancía. Por ello ha simulado la enfermedad. Vamos, preguntaremos en el cuerpo de guardia si lo han visto salir.

Esta vez tuvieron éxito en su gestión. Uno de los soldados que se

hallaba prestando servicio a la entrada del cuartel les indicó que Martino se había dirigido a Jenifra, exhibiendo un permiso del comandante Clair.

Los dos compañeros se apartaron de su informante y René dijo con voz baja:

—¿Lo has oído, Bill? El comandante Clair ha autorizado su salida.

—Puedes apostar tu cabeza a que el comandante no, sabe una palabra de ese permiso. Olvidas una cosa, muchacho.

—¿Qué es ello?

—Que Martino, antes de ingresar en la Legión, fue un hombre célebre en su patria. Realizó en 1945 una falsificación de billetes de mil liras que le valió una bonita condena de siete años.

—¿Quieres decir que ha falsificado la letra del comandante Clair?

—Exactamente. Para algo le debían de valer sus antiguos conocimientos. Se libró primero del servicio haciéndose el enfermo y después se escapó, mostrando una supuesta autorización.

—¿Qué vamos a hacer, Bill?

—Tú te vas a quedar y yo iré tras él.

—Pero no podrás escapar del campamento.

—Eso es lo que crees. No soy un falsificador como Martino, pero también tengo mis trucos. Hasta luego, muchacho. Te veré a la hora de comer.

Bill *se* separó de René antes de que éste pudiese darle una réplica y corrió hacia el pabellón de la compañía, Encontró al sargento Risso dando órdenes a un grupo de soldados.

—Necesito hablar con usted, sargento.

Risso volvió la cabeza haciendo una mueca.

—A ti te estaba esperando, Douglas. Tú y tu amigo tenéis una facilidad estupenda para desaparecer cuando hay trabajo. ¿Dónde está Jourdan?

—¿Qué es lo que quiere?

—En las oficinas hay goteras y es necesario que unos cuantos de mis bravos legionarios se mojen un poco para arreglar la techumbre.

—Será mejor que oiga primero mi petición, sargento.

Risso frunció el ceño y mantúvose un rato con la boca abierta.

—¿Insubordinación, soldado Douglas?

—Nada de eso, sargento. Pero creo que le conviene feo incluirme entre los hombres que van a realizar ese trabajo. Necesito ir inmediatamente a Jenifra.

La estupefacción del sargento fue en aumento.

—¿De veras, soldado? De modo que quieres ir a Jenifra. ¿Y qué deseas más? ¿Qué forme el cuerpo de guardia y te rinda honores a la salida?… ¿O qué te parece el mejor *jeep que, tengamos?*

—Lamento tener que utilizar con usted ciertos métodos, sargento. Pero el caso es que no tendrá más remedio que acceder a mi petición, si no quiere, tener un serio contratiempo.

—¿De qué demonios estás hablando, Douglas?

—Usted ha relevado hace un rato a Martirio del servicio.

—Se encontraba enfermo.

—Le tomó el pelo, sargento. Martino está tan bueno como usted y yo. Lo único, que pasa es que ha querido largarse del campamento para vender en Jenifra algo que me ha robado esta noche.

Risso entrecerró los ojillos, apretando firmemente los labios.

—Escucha, Douglas. Voy a comprobar ahora mismo eso que has dicho, y si no es cierto, te daré desear encontrarte en el foco de rebelión más grande que exista hoy en Marruecos.

—No me moveré, sargento. Aquí me encontrará.

Risso se marchó y al cabo de diez minutos regresó con la cara pálida.

—¿Cómo ha sabido eso, Douglas? —preguntó a Bill.

—Es cuenta mía, sargento. Pero tengo algo que agregar a lo dicho antes. Martino se ha largado falsificando una autorización del comandante Clair.

—¡Voto a mil diablos! —exclamó el sargento apretando el puño derecho—. ¡Le haré pagar caro esto!

—Usted no va a hacer nada ahora, sargento.

—¿Quién dice eso?

—Yo. Tengo que impedir que Martino venda lo que me ha robado. Yo me encargo de traérselo aquí y lo haré dentro de una hora. ¿No lo comprende? Usted no puede dar un paso si no es con carácter oficial y lo único que adelantaría con ello es que sus superiores se dieran cuenta de que usted ha cometido una falta. Con mi idea queda usted a cubierto y yo impediré que ese sinvergüenza

haga la suya.

Risso tardó unos cuantos segundos en decidirse, pero finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, Douglas.

Sacó un bloc del bolsillo superior de su guerrera, así como un lápiz, apoyó aquél en la pared y garabateó por espacio de un minuto, firmando y rubricando al final. Luego arrancó la hoja y la entregó a Bill.

—Aquí tienes, puedes marcharte. Pero, recuérdalo, no tardes más de una hora.

El americano no tuvo dificultad alguna en salir del campamento y, corriendo bajo la lluvia, se metió en la población de Jenifra. Tenía un destino fijo. Una taberna que era el punto de reunión de la mayoría de los soldados cuando gozaban de un permiso. Estaba regentada por un francés, Paul Gide, un hombre de unos cincuenta años de edad, de grandes mostachos y cejas espesas.

—Hola, Paul —le saludó Bill cuando se encontró frente a él, mostrador en medio—. ¿Ha venido por aquí Martino?

—¿Martino? No le conozco.

Gide se retorció el bigote con unos dedos gordos manchados de nicotina.

—Tienes que recordarlo. Es aquel tipo que armó camorra hace un par de semanas. Presentaste una reclamación en el regimiento porque te había destrozado parte del mobiliario.

—¡Oh, sí, aquel italiano! Lo recordaré mientras viva. Estuvo aquí hace un rato. Me fijé en él por eso que tú dices. Pero hay aquí lo menos cinco Mar tinos entre las tropas que se encuentran acuarteladas en la región.

—Bueno —le interrumpió Bill sabiendo que a Gide le gustaba pegar la hebra—. No lo he visto al entrar. ¿Dónde lo puedo ver?

—Estuvo esperando un rato, bebiendo solo, pero luego llegó un tipo.

—¿Otro soldado?

—No. Vestía de paisano, pero no le he podido ver la cara. Ya me entiendes. Llevaba una gabardina con el cuello alto, gafas y un sombrero con el ala echada hacia delante. Subió arriba, a una de las habitaciones, a la cuatro, y poco después Martino se fue atrás. Tienen que estar aún arriba. No les he visto salir. Pidieron *whisky*.

—Gracias —dijo Bill, y se separó del mostrador, dirigiéndose hacia las escaleras que había en el fondo.

Ascendió los peldaños y encontróse en un corredor. Todas las tabernas de Jenifra estaban construidas con arreglo a un mismo plan arquitectónico. Un bajo, donde estaba instalado el bar, y un piso en donde había varios reservados. Resueltamente, Bill abrió sin llamar la puerta señalada con el número cuatro. Se metió dentro y ya no dio un paso más porque quedó observando a Martino, el hombre que buscaba. Se encontraba tendido en el suelo, boca abajo, con un cuchillo hundido entre los omoplatos.

CAPÍTULO VI

Bill se acercó rápidamente a Martino y, cogiéndolo, le dio la vuelta, aplicándole la mano derecha en el pecho. Todavía vivía. El corazón le latía imperceptiblemente.

Bill acercó sus labios al oído de su compañero y lo llamó:

—Martino… Tienes que contármelo… Vamos, muchacho… He venido a ayudarte.

El moribundo entreabrió los ojos y Bill se dio cuenta entonces de que estaba a punto de morir. Aquellas pupilas no podían mantenerse fijas en nada y poco a poco iban adquiriendo el aspecto del vidrio.

—¡Martino! —repitió—. ¿Quién lo ha hecho? ¡Sólo una palabra!

El italiano separó los labios y mostró la punta de la lengua manchada de una rosada espuma.

—¡Maldito!… ¡Mal… dito… periodista!…

Ya no dijo más. Inclinó la cabeza bruscamente y murió.

Douglas se quedó un rato todavía con el cuerpo caliente del soldado entre los brazos y luego lo depositó sobre el piso, tal como lo había encontrado, con el cuchillo saliendo de su espalda. Lo registró cuidadosamente, aunque sabía que no encontraría lo que buscaba. Finalmente se enderezó y salió del reservado.

Cuando estuvo en el corredor oyó un golpe. Miró al fondo del pasillo y descubrió que el viento abría y cerraba una puerta. No tuvo la menor duda de que el asesino había escapado por allí. Pero cuando salió fuera, la lluvia le azotó el rostro y sólo pudo ver una escalera vacía que daba a la parte trasera de la casa y enfrente un trozo de terreno sobre el que caía el agua.

Se mantuvo unos instantes en actitud dubitativa y por fin decidióse a bajar. Conocía el lugar donde se hospedaban la mayoría de los periodistas llegados a Jenifra para informar a sus periódicos. Se llamaba pomposamente hotel de París y se encontraba en el

centro de la ciudad.

Quince minutos más tarde, chorreando agua por los cuatro costados, penetró en el hotel.

En el vestíbulo había como ocho o nueve periodistas haciendo un semicírculo alrededor de una antigua estufa cuyo tubo se escondía en una pared.

Todos reían por algún chiste que debía de haber contado cualquiera de ellos…

Los ojos de Janette y los de Bill se encontraron, y el soldado le hizo una señal a la joven. Ella se levantó de la silla que ocupaba y cuando se aproximó a él le preguntó:

—¿Alguna nueva aventura, soldado? Si es así, le ruego sea más original que la última vez.

—En primer lugar, quiero darle las gracias por no haber llevado a cabo su amenaza. El tiempo se encargará de convencerla respecto a lo razonable de su actitud.

—¿Ha corrido el riesgo de morir ahogado solamente para decirme eso? —ironizó Janette.

—No. El caso es que necesito su ayuda.

—Se equivoca, si cree que voy a darle otros tres mil francos, señor Douglas.

—Déjese de bromas, Janette, se lo ruego. Esto es bastante serio.

—¿De veras? No me diga que se encuentra en un aprieto. Tengo una idea formada de usted, según la cual es el hombre que puede ir por el mundo bastándose a sí mismo.

—No sé qué le ha inducido a pensar de tal forma, Janette. Pero el hecho de que esté aquí demuestra que se ha equivocado.

—Hubo un silencio entre los dos jóvenes y finalmente ella inquirió:

—¿Qué quiere?

—Que me identifique a uno de sus colegas. Supongo que le resultará sencillo.

—¿Qué señas tiene?

—Sólo puedo dar detalles respecto a su indumentaria. Gabardina con cuello subido, sombrero de fieltro con el ala inclinada hacia delante y gafas negras.

—¿De qué clase de juego se trata, señor Douglas?

—No se trata de ningún juego.

—Pero eso que usted dice es absurdo. Todos mis compañeros visten gabardina y sombrero y ese detalle de las gafas negras no sirve para nada. Cualquiera de ellos ha podido ponérselas si le ha convenido. Esas características no bastan para identificar a una persona. Hábleme de su estatura, del color de su cabello, o de su piel, o dígame su forma de andar, y entonces podré identificarle.

—No puedo añadir nada a las referencias que le he dado.

—Pues entonces lo siento, señor Douglas, pero ha perdido su tiempo viniendo a verme. No puedo hacer nada por usted.

En aquel instante un hombre se detuvo junto a los jóvenes y, tras excusarse, preguntó:

—¿Has visto a Harry, Janette?

—Sí, pero ha salido hace unos minutos y no creo que puedas alcanzarlo ya —contestó ella—. Se ha ido con Patterson y el portugués, ese Covedo, a Semgat.

—No sabía nada de ello —declaró el otro, arrugando el entrecejo—. ¿A qué viene ese viaje?

—Creo que se le ha ocurrido de pronto a Harry. Llegó aquí hace unos quince minutos, diciendo que Jenifra había dejado de ser noticia y que se marchaba al Sur. Patterson y Covedo se apartaron de nuestro grupo y empezaron a hablar con él. Luego se han largado los tres. No sé qué he oído de que Harry tenía un coche.

El interlocutor de Janette se encogió de hombros, dio las gracias a la joven y se encaminó hacia el grupo que rodeaba la estufa.

—¿Quién es ese Harry, Janette? —preguntó Bill cuando volvieron a estar solos.

—¿Harry Krupa? Un gran muchacho. El más divertido de cuantos se han dejado caer por aquí. Es compatriota suyo. Trabaja para una cadena de periódicos del Medio Oeste.

—¿Y dice usted que hace quince minutos llegó al parador?

—Ya veo que lo considera usted como sospechoso. ¿Puedo saber lo que supone usted que ha hecho?

—Asesinar a un hombre. Las dos cejas de Janette dibujaron sendos acentos circunflejos.

—¿Se ha vuelto loco, señor Douglas?

—Nunca me he sentido mejor. No crea que intente colocarle otra historia parecida a la del contrabando de armas, Janette. Hace un rato he dejado en una taberna de Jenifra a un legionario con un

cuchillo clavado en la espalda.

—Pero no le entiendo, señor Douglas. ¿Por qué Harry había de asesinar a un legionario? Eso es absurdo.

—Quizá porque mi compañero tenía algo que era valioso para Harry. Es demasiado complejo para que yo pretenda darle una información exacta del caso. Además, sería improcedente.

—No sé lo que habrá de verdad en lo que dice, pero ha llegado a interesarme. ¿Y si saldáramos las cuentas pendientes ahora?

—Tendrá que aguardar un poco.

—¿A qué?

—A que yo cace a su amigo. Entonces puede que obtenga usted la información más valiosa de cuanta puede desear un periodista. Y ahora, adiós.

Bill giró sobre sus talones para marcharse, pero ella se le acercó rápidamente y lo sujetó de un brazo.

—¿Adónde va, señor Douglas?

—Tras su amigo.

—¿Se da cuenta de que eso le va a traer muchas complicaciones? ¿O es que ha olvidado que es usted un soldado?

—Lo tengo todo en cuenta, pero no puedo elegir.

Douglas se apartó de la joven y salió del hotel caminando rápidamente.

Había dejado de llover, pero no sería por mucho tiempo. El cielo seguía cubierto por nubes negras.

Minutos más tarde Bill penetró en un patio donde se hallaban una docena de dromedarios y se dirigió hacia una puerta que abrió, penetrando en una sala.

Dos árabes que discutían entre sí guardaron silencio al ver al soldado y éste se dirigió hacia ellos preguntando:

—¿Dónde está. Bourguiba?

—Ha subido al piso hace un momento —le informó uno.

El soldado ascendió por una escalera y al llegar a la parte superior gritó:

—¡Bourguiba!

Un hombre de facciones alargadas y cuerpo encogido salió por una puerta y al descubrir a Bill hizo una reverencia y acudió presuroso junto a él.

—Oh, señor Douglas. Ha estado acertado al elegir este día.

Tengo una chica nueva que vale su peso en oro.

—No me interesa —repuso Bill mirando hacia abajo, por la barandilla, para cerciorarse de que lo que dijese no podía ser oído por los que se encontraban en la parte inferior.

Bourguiba entrelazó los dedos de sus manos y sonrió meneando la cabeza de un lado a otro mientras decía:

—Usted no la ha visto todavía. Es una auténtica hurí. Me la trajeron la semana pasada del lago Tchad.

Bill cogió a Bourguiba de un brazo y se lo llevó junto a la pared. El árabe lo miró extrañado.

—Escucha bien esto, Bourguiba —expuso el americano—. Necesito salir de Jenifra disfrazado de árabe y he de hacerlo inmediatamente.

—Imposible, señor.

—¿Cómo dices?

—No puedo hacerlo. Se lo juro, señor Douglas. No quiero jaleos con el ejército. Sé cómo las gasta. Tengo a un primo mío en la cárcel por haber ayudado a escapar en cierta ocasión a un soldado. ¡Oh, no! Bourguiba no se dedica a eso. Bourguiba es un nombre justo, cumplidor de las leyes.

—¿Es eso cierto?

—Tan cierto como que he de ir al paraíso de Mahoma.

—Yo no estaría tan seguro de ello. —Bill cruzó los brazos y se rascó la barbilla con el dedo índice de la mano derecha—. ¿Qué crees tú que haría la policía si alguien le dijera que el justo Bourguiba compra mujeres?

—¿Cómo dice, señor Douglas? —inquirió el árabe mientras cambiaba el color de su rostro.

—Bueno, al fin y al cabo, creo que eso sólo te costaría unos cinco años de cárcel. ¿Qué significa, después de todo, ese tiempo para ti? Ahora tienes unos cincuenta años. Con cincuenta y cinco, cuando salieras, podrías continuar tu vida.

—Usted no hará eso, señor Douglas —murmuró el árabe—. Yo me he portado siempre bien con usted.

—¿No lo he hecho yo también contigo? Somos dos viejos camaradas y por eso vas a ayudarme.

—Pero, señor Douglas… —dijo Bourguiba, plañideramente. Miró al soldado, pero al contemplar en su cara un gesto de resolución

agachó la cabeza y añadió—: Estoy seguro de que cumplirá su amenaza. Está bien. ¿Adónde quiere ir? No puede marcharse solo y exponerse a que lo descubran. Ha de ir disfrazado y formando parte de alguna caravana.

—Me han hablado de Semgat. Dicen que las tribus de aquella comarca practican unas costumbres dignas de ser conocidas.

—¿A Semgat? —repitió Bourguiba—. Está en plena región montañosa. ¿Qué va a hacer usted allí?

—¿No te lo acabo de decir? Será mejor que no preguntes y que lo prepares todo cuanto antes.

—Hay una caravana que sale dentro de una hora para esa localidad. Pero eso cuesta dinero, señor Douglas.

—Paga tú lo que sea y yo te lo abonaré cuando regrese.

—¡No, eso sí que no!

Bill se limitó a mirar significativamente al árabe para que éste diese de nuevo su conformidad.

—Será usted mi ruina. No sé por qué lo hago, pero no está nada bien que me obligue. Métase en esa habitación de enfrente y espere.

Bill obedeció y cuando estuvo a solas en el cuarto se sentó al borde de la cama sonriendo.

Bourguiba regresó al cabo de un rato con las ropas que necesitaba el soldado.

—No se le ocurra salir al patio, señor Douglas. Quédese aquí y dentro de un rato volveré para avisarle. Será cuando haya llegado el momento de la partida.

Bill se cambió y tendióse en la cama fumando un cigarrillo. Estaba a punto de consumir éste cuando la puerta se entreabrió y Bourguiba asomó la cabeza:

—¡Listo, señor Douglas! Ya puede salir. Bill preguntó, ya fuera del cuarto.

—¿Cómo se llama el hombre con quien haré el viaje?

—Ben Riffien. Es un rico comerciante que viene cada quince días a Jenifra desde Semgat para vender sus mercancías en el zoco. Posee una gran fortuna y más de un centenar de criados.

—Eso está bien. Quiero decir que comeremos buenas viandas durante el camino.

—Dese prisa. Está a punto de salir. Me ha costado usted diez mil francos. Ben Riffien no lo ha querido hacer por menos.

—No te preocupes, Bourguiba. Tendrás tu dinero.

El árabe dirigió una suplicante mirada al cielo y luego empujó a Douglas hacia la escalera.

Bajaron a la sala, donde esperaba un árabe de barba blanca y ojos de un color verdoso.

—¿Eres tú, Douglas? —preguntó con voz sonora, mirando al soldado, y cuando éste asintió, siguió diciendo—: Mantente con la boca cerrada. He dicho, a mis criados que eres un amigo mío y, por lo tanto, no te harán preguntas, pero tú tampoco has de conversar con ellos. Mi trabajo sólo consiste en llevarte a Semgat. Una vez allí, tú te separarás de mí.

—Entendido, Ben Riffien. Seré mudo y puedes tener la seguridad de que me separaré de ti en Semgat.

Se despidieron de Bourguiba, salieron al patio y cada Uno de ellos subió a un dromedario e inmediatamente se pusieron en camino.

No encontraron dificultad alguna en salir de Jenifra. Bill se sumió en hondas reflexiones mientras se alejaba de la ciudad. Pero cuando la lluvia lo hubo calado hasta los huesos, dejó de preocuparse por sus problemas y empezó a soltar una imprecación tras de otra contra aquel país climas tan extremados. Igual caía un sol despiadado que amenazaba con derretir las piedras que, como ahora, rajaban las nubes sus Vientres arrojando sobre la tierra toneladas de agua. De vez en cuando observaba a Ben Riffien, el cual se mantenía sobre el dromedario moviéndose cadenciosamente al ritmo que el cuadrúpedo le marcaba. ¿Cómo podía un hombre tan rico como aquel exponerse a los rigores del tiempo? Sólo cabía una explicación. La mentalidad de aquellos individuos era muy simple y para ellos estaba por encima de todo su propio interés. Él había fijado un día para llegar a Semgat y lo demás no contaba.

Transcurrieron ocho horas durante las que no tuvieron el menor descanso. Bill había estornudado ya media docena de veces y, si no descendió del camello para buscar un refugio, fue porque pensó que debía seguir adelante. Tenía en juego algo más trascendental que la posibilidad de pescar una pulmonía. Su propia vida. Un nuevo hecho se había abierto luz en su mente. El sargento Risso sabía que él había ido a Jenifra en busca de Martino. Él, Douglas, había alegado que el italiano le robó algo. Por tanto, teniendo en cuenta

estas premisas y habiendo sido asesinado Martino; el testimonio de Risso serviría para que el soldado Bill Douglas fuese acusado de homicidio.

Por fin, al anochecer, la caravana llegó a un lugar de la montaña donde había muchas cuevas y Ben Riffien señaló una de ellas para utilizarla, como albergue.

Bill estuvo tiritando un rato hasta que los criados encendieron una gran fogata en el interior de la cueva, momento que él aprovechó para acercarse al fuego cuanto pudo, contemplando las llamas, y allí dio cuenta de la frugal cena que uno de los indígenas le sirvió. De acuerdo con las instrucciones de Riffien, no abrió la boca más que para comer. Luego los criados secaron al calor de la lumbre un montón de prendas con las que más tarde hicieron las camas de su señor y de su invitado, Bill sólo pudo dormir cinco horas. Al cabo de ellas fue zarandeado por el propio Riffien, para reanudar el viaje.

El joven volvió a darse a todos los diablos al comprobar que el fragor de la tempestad no había cedido. Otra vez había de sumergirse en aquel mar y de nuevo se volverían a adherir las ropas chorreantes de agua a su carne.

Llevaban cubiertas tres horas de la segunda, etapa del viaje cuando Bill oyó unos gritos y Ben Riffien dio la orden de detenerse.

Por la ladera de la montaña, no muy empinada por aquella parte, descendieron hasta veinte jinetes. Todos ellos iban armados de fusiles y en un instante rodearon a la pequeña caravana. El que debía ser el jefe de los guerreros se enfrentó con Riffien hablándole en árabe, idioma que Bill conocía casi a la perfección.

—Alá te guarde, mercader. Nuestro señor nos envió a tu encuentro para que nos comunicases noticias de Jenifra.

Riffien volvió la mirada hacia Bill y éste notó en sus ojos un brillo extraño.

—Traigo dos prisioneros a tu señor —repuso el comerciante volviendo el rostro al hombre que le había interrogado.

—Magnífico, Tus servicios serán, recompensados. ¿Quiénes son los prisioneros?

Riffien se volvió, señalando con la mano a Douglas.

—Ése es uno de ellos. Y sobre el dromedario que va detrás de ese encontrarás al otro.

—¡Maldito puerco! —exclamó Bill.

Pero no pudo hacer nada más, porque el capitán de los rebeldes le apuntó con su fusil.

—¡Cállate, perro! Ya llegará la hora en que tengas que hablar.

Bill tascó el freno de su rabia, aceptando su captura como cosa inevitable.

—Puedes continuar tu viaje hacia Semgat, noble mercader —indicó el que había hablado antes—. Nosotros nos encargaremos de los prisioneros.

Poco después Bill veía como Ben Riffien y sus criados se alejaban en dirección Sur.

Entonces volvió la cabeza para contemplar al hombre que iba a compartir su cautiverio, pero sólo pudo ver unos ojos, porque quién se hallaba sobre el dromedario que había detrás aparecía cubierto con sus ropajes mojados incluso hasta el rostro.

—¡Vamos, deprisa! —gritó el mandón del grupo—. Hemos de estar en el valle dentro de una hora.

En el espacio del, tiempo señalado fueron conducidos los prisioneros a un lugar en el que se levantaba un campamento a la usanza árabe. Había media docena de tiendas, pero una de aquéllas destacaba sobre todas, por ser más grande que las demás, y ante su puerta fueron obligados a descender Bill y su compañero.

—¡Entrad inmediatamente! —les ordenó el único árabe que hasta entonces se había dirigido a ellos.

Se introdujeron en la tienda, quedando admirado Bill por la magnificencia y lujo que vio en ella. Una mullida alfombra multicolor cubría el suelo y por doquier se veían cojines, pebeteros y mujeres. De entre éstas las había que llevaban en sus manos platos con ricas, viandas, otras, que, sentadas, tocaban diversos instrumentos musicales, media docena que cantaban y tres danzarinas de cuerpo esbelto y piernas desnudas que se movían al ritmo de la música y de la canción. Más al fondo se encontraba el señor de todo aquello.

Bill observó su rostro de facciones duras, ojos negros, fulgurantes, y barba del mismo color rizada. Tocábase la cabeza con un fez en cuya parte frontal brillaba una valiosa gema. De pronto este nombre dio unas palmadas y la fiesta quedó interrumpida. Cesaron de sonar los instrumentos, las cantantes enmudecieron y

desaparecieron las danzarinas por una puerta. Entonces Bill prestó atención a la persona que se sentaba a la derecha del hombre de la barba rizada. Una mujer que no era árabe, aun cuando se vistiese como si lo fuera. Tenía el cabello rubio y su cara, extremadamente bella, poseía unos grandes ojos, rasgados, de un color azulado, unos pómulos salientes, sensitivos, y una boca corta, de labios rojos como la sangre.

Bill y el otro prisionero se detuvieron y el capitán que los había capturado hizo una reverencia e informó:

—Mi señor Mohamed Sarro. Tenéis delante a dos hombres que viajaban desde Jenifra con Ben Riffien, el mercader de Semgat.

Mohamed Sarro miró fijamente a Bill y preguntóle:

—¿Quién eres?

—Marlon Brando, americano.

—¿Sí? ¿Y qué vienes a hacer aquí?

—Vendo corbatas y me dejé el muestrario en Jenifra. He querido antes ver las posibilidades que había de colocar mis mercancías en esta región.

El rostro de Mohamed Sarro se tiñó de rojo.

—Tienes la lengua larga, americano. A muchos de mis hombres se las he hecho cortar por menos de lo que tú acabas de declarar.

—Es un estúpido método para imponer silencio —ironizó Bill.

—Pero no lo utilizaré contigo hasta saber cuál es la verdadera misión que llevabas a Semgat. Hay una cosa que está clara. Eres un espía. Un agente del Servicio de Información Francés.

Bill distendió los labios sonriendo.

—¿Quién sabe lo que soy?

—Lo sabré yo. Tengo medios para lograrlo, pero no quiero precipitar los acontecimientos. Quizá tu compañero sea más elocuente que tú. —Mohamed Sarro desvió la mirada hacia la figura toda cubierta que se encentraba junto a Douglas y preguntóle—: ¿Y tú quién eres?

La cabeza tapada se meneó repetidamente en sentido negativo.

El señor de Tadirust apretó con firmeza los labios mientras sus ojos centelleaban. Extendió la mano señalando a la persona que sólo mostraba los ojos y gritó fuerte:

—¡Quítale el ropaje inmediatamente, Alí! ¡Quiero verle la cara!

El aludido se adelantó y haciendo un gesto brusco, dejó ver la

cara del prisionero.

Una exclamación de asombro salió de la garganta de Bill Douglas.

—¡Janette!

CAPÍTULO VII

La joven miró al soldado y luego volvió su mirada a Mohamed Sarro, el cual había sustituido su gesto de ira por otro de complacencia.

—¡Una mujer!… No sabía que los franceses fuesen tan considerados con Mohamed Sarro. Un magnífico presente que siempre les agradeceré.

Janette replicó con voz airada.

—¡Ponme tu sucia mano encima y sabrás cómo son las mujeres de mi raza!

Mohamed Sarro lanzó una carcajada.

—Me gustan las potrancas vigorosas. Anda, dime lo que ibas a buscar a Semgat.

—Ella no sabe nada —se apresuró a decir Bill. Janette volvió la cabeza hacia él y ambos quedaron mirándose fijamente hasta que el señor de Tadirust manifestó:

—Estoy impresionado por tu generosidad, americano, Pero esta joven no creo que fuese a Semgat a hacer un viaje de turismo.

—Ése era precisamente el objeto de mi viaje —afirmó Janette.

—Sois ambos malos embusteros.

El cerebro de Bill trabajaba aprisa. Debía encontrar cuanto antes una historia que pudiera parecer verosímil. Janette se había dejado llevar del impulso de su profesión y había caído, como él, en una trampa. Era su deber sacarla de aquello.

—Está bien, Mohamed Sarro —declaró el soldado—. Tú ganas, soy un agente del Servicio de Información Francés, como tú acabas de decir, y llevaba una misión que cumplir en Semgat. Esta mujer que ves aquí es mi esposa. Le expliqué el motivo de mi viaje en Jenifra y me despedí de ella, pero, como puedes ver, no se ha conformado con permanecer en casa esperándome. Ha preferido compartir mi suerte. De aquí que yo haya sido el más sorprendido

al verla a mi lado.

Janette miró nuevamente a Bill frunciendo el ceño y el soldado temió que ella le contradijese. Pero no fue así, y tras un minuto de silencio, Mohamed Sarro soltó una risita.

—Es una historia que arranca lágrimas del corazón. Un caso de fidelidad heroica —se Volvió hacia la mujer que se sentaba a su lado y preguntó—: ¿Qué te parece a ti, Giselle?

La rubia se desperezó haciendo un movimiento felino y echó el busto hacia delante mirando de hito en hito a los dos prisioneros.

—A mí no me conmueve, mi señor. Son dos espías que han venido contra ti. Eso es lo que importa.

—Tus palabras siempre son oportunas, Giselle —comentó el rebelde—. Pero, de todas formas, en este caso no hubiesen sido necesarias. Seré inflexible. Me ocuparé de ellos en el momento oportuno. ¡Alí!

—Mandad, señor.

—Condúceles a una de las tiendas y ponles una buena guardia. Pagarás con tu cabeza su huida.

—El señor de Tadirust tendrá siempre a su disposición a los prisioneros —repuso Alí, y, volviéndose luego hacia los cautivos, exclamó—: ¡La audiencia ha terminado! ¡Seguidme!

Janette y Bill salieron rodeados de los guerreros y, poco después, eran introducidos en una tienda que no tenía ningún lujo de los que habían visto en la que se albergaba Mohamed Sarro.

Les hicieron sentarse en el suelo y fueron atados de pies y manos.

—¡Buena la has hecho, Janette! —dijo Bill tuteándola cuando quedaron solos—. ¿Por qué demonios me has seguido?

—Soy periodista, ¿no? —murmuró la joven con firmeza.

—¡Al diablo con eso! Hay cosas que tienen un límite y ésta es una de ellas. Tu periódico no te obliga a jugarte la vida por llenar unas cuartillas.

—Era mi gran oportunidad. ¡Un soldado que deserta por ir detrás de un periodista!… He de confesarte que al principio no creí nada de lo que decías. Cuando me hablabas en el vestíbulo del parador tenía la impresión de que eras un soldado a quien el sol africano había vuelto loco. Eran demasiadas cosas deshilvanadas en el espacio de pocas horas. El fraude de la historia del contrabando

en Constantina lo tenía bien presente. Pero cuando te marchaste llegó la noticia de que en la taberna de un tal Gide habían encontrado a un legionario asesinado. Todos mis compañeros se precipitaron por la puerta para hacer la información del caso, pero yo me quedé allí, de pie, quieta, asombrada. Era lo que tú habías dicho. Entonces pensé que Harry Krupa tenía algo que ver realmente con aquello, al darme cuenta de que había organizado un poco precipitadamente su marcha. Decidí seguirte, ya que sabía saldrías inmediatamente de Jenifra. Por el parador da continuamente vueltas un indígena siempre dispuesto a cobrar un servicio prestado a los periodistas. Es un hombre que conoce bien Jenifra y a sus habitantes. Me serví de él para dar con tu paradero y así pude enterarme de que saldrías rumbo a Semgatcon la caravana de ese mercader, Ben Riffien. Sólo tuve entonces que comprar al comerciante mi pasaje. Por cierto que me lo hicieron pagar muy caro, teniendo en cuenta que iba a traicionarme. Cinco mil francos.

—¡El muy canalla! —exclamó Bill.

—¿No crees que me he ganado el derecho a saber por qué Harry Krupa mató al legionario?

—Por el mapa.

—¿Qué mapa? —inquirió Janette enarcando las cejas.

—Nos dieron orden a René y a mí de guardar silencio, pero ya no tiene objeto, porque creo que de ésta no saldremos, y aun cuando consiguiéramos escapar, no lo haríamos con el tiempo suficiente para evitar la catástrofe.

—¡Santo cielo! ¿Quieres explicarlo de una vez?

—El general Laroque nos encomendó una misión a Jourdan y a mí. Debíamos entregar en una posición llamada Argos Tres un mapa en el que se precisaban las movimientos de una columna de doscientos hombres que ha de partir esta madrugada de Jenifra para, inspeccionar las tribus de la región montañosa. Argos Tres debía recibir los informes de la columna y remitirlos a su vez a Jenifra. Pero cuando René y yo llegamos a Argos Tres nos encontramos con que la posición había sido atacada y todos cuantos la integraban muertos. Mientras observábamos aquel desastre, fuimos sorprendidos también, pero conseguimos abrirnos paso y huir, regresando a Jenifra para dar cuenta de lo sucedido al general Laroque. Ya te puedes figurar cómo caería la noticia en el Alto

Mando. Estaban tan emocionados que nos dejaron marchar sin pedirnos el mapa. Concretamente era René quien lo guardaba. Pero anteanoche, cuando nos acostamos se nos ocurrió hacer unos comentarios y un soldado que dormía cerca de nosotros llamado Martino nos oyó hablar del mapa en cuestión. Lo cierto es que se lo robó a Jourdan y nosotros no nos dimos cuenta de ello hasta que por la mañana nos dispusimos a devolverlo al comandante Clair. Al principio creímos que se le habría caído a René del bolsillo, peros cuando comprendimos que sólo Martino lo había podido robar nos dimos cuenta de que estábamos metidos en un gran lío. Podíamos ser fusilados por colaboración con el enemigo. Yo seguí las huellas de Martino, y cuando creía que lo tenía cogido en la taberna de Paul Gide, lo encontré moribundo, con un cuchillo clavado en la espalda. Sólo pudo decir dos palabras. «Maldito periodista». Por ello fui a verte al parador y cuando me hablaste de lo que había hecho Harry Krupa no tuve la menor duda de que ése era mi hombre. Lo demás ya lo sabes, He querido hacerlo todo por mi cuenta y he fracasado. Ahora esa columna de doscientos hombres será atacada por Mohamed Sarro y no dejarán ni uno solo para contarlo.

—¿De modo que todo ese lío se basa en el mapa que os han robado?

—¿Te parece pequeño el motivo?

—¡Pero Bill!… ¡Ese mapa era falso!

Janette empezó a reír hasta que le saltaron lágrimas de los ojos. Bill la miraba con las cejas fruncidas.

—Ya lo has oído. El mapa era una trampa que el general Laroque tendía a Mohamed Sarro. Lo que el general quería precisamente era que el mapa cayese en manos del enemigo. Pensaron que Mohamed Sarro atacaría la columna, pero el cabecilla habría encontrado a los mil hombres bien armados dispuestos a cortar de raíz la rebelión en esta parte de Marruecos.

—¿Estás hablando en serio, Janette?

—Completamente, Bill.

—En tal caso, en Jenifra se sabía que Argos Tres había caído y que Mohamed Sarro había iniciado una rebelión.

—Exactamente.

—Así pues, René y yo fuimos utilizados como conejillos de indias.

—El general Laroque creó un comando especial para salvaros la vida inmediatamente que Mohamed Sarro y sus guerreros fuesen barridos.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Bill con cierta prevención —. ¡Y no vuelvas a recordar que eres periodista! No creo que un secreto militar de esa categoría haya podido filtrarse hasta los de vuestra profesión.

—Yo sólo fui informada cuando el plan había fallado. Es decir, después de que René y tú regresasteis de Argos Tres sin que el enemigo se hubiese podido apoderar del mapa.

—Razón de más para que el Alto Mando hubiese silenciado ese proyecto fracasado. Sólo se dan a la publicidad los éxitos.

—En el periodismo todas las armas valen, Bill y yo utilizo una de la que carecen mis compañeros.

Bill clavó sus aceradas pupilas en los grandes ojos de la hermosa joven, murmurando:

—¿Y tienes el cinismo de decírmelo? Creí que eras una mujer distinta a las demás, pero me está bien empleado por ser tan ingenuo.

Janette se mordió el labio inferior en actitud dubitativa, pero, al cabo de un rato, decidió mantener al soldado en su error.

—Insúltame si quieres, Bill. Pero no creo que con ello adelantes nada. Sería mejor que empezásemos a pensar qué es lo que va a pasar ahora. Tengo la impresión de que Harry Krupa todavía no ha entregado el mapa a Mohamed Sarro.

—Es fácil imaginar lo que va a ocurrir. Mohamed Sarro enviará a sus hombres contra la supuesta columna y se encontrará con que ha sido engañado. Es decir, no verá un solo soldado por la región señalada en el mapa. Cuando se canse de esperar, ordenará a sus hombres que se retiren. De todo ello solo hay una cosa que me gusta. Y es que ese bandido de Harry Krupa se está jugando el pellejo sin saberlo. Él será quién pagará las consecuencias cuando Mohamed Sarro regrese con las manos vacías.

En aquel momento entró en la tienda Alí, el cual desató las ligaduras que tenía Bill alrededor de los tobillos.

—¡Ponte en pie! —ordenó el árabe.

Bill obedeció sorprendido.

—¡Echa a andar delante de mí! —siguió diciendo el otro—. Y no

hagas ningún intento por escapar. Te estaré apuntando con el fusil.

Douglas se puso en movimiento. Nada más lejos de su imaginación que el intentar huir en aquellas circunstancias, dejando a Janette en poder de los rebeldes. Tendría que esperar otra oportunidad.

Se detuvieron ante la puerta de una tienda y el árabe ordenó:

—¡Entra ahí!

Bill obedeció una vez más y cuando penetró en el interior se apercibió de que había una sola mujer en la estancia. La rubia Giselle, que se encontraba sentada entre mullidos cojines.

—Hola, Bill —dijo ella.

El soldado avanzó hasta estar cerca de su interlocutora y repuso:

—¿Cómo te va, Giselle?

—La vida nos depara estas sorpresas, ¿no crees?

—Sí.

—Tú y yo juntos en este apartado rincón del mundo. No lo hubiera creído cuando, hace tres años, me abandonaste en París.

—Yo no te abandoné, querida. Rompimos de mutuo acuerdo. ¿No fue lo que dijiste?

—Eso es lo que dije para salvar mi orgullo, pero tú estabas cansado de mí.

—No es ése realmente el motivo de que quisiera alejarme de ti, Giselle; y tú lo sabes perfectamente. No he querido jamás compartir una mujer con otro hombre.

La Hembra distendió los labios en una sonrisa.

—No me digas que has nacido para el matrimonio.

—Dejemos eso por ahora, ¿quieres? Me gustaría más saber cómo has llegado hasta aquí.

—Es bastante sencillo. Mohamed Sarro estuvo en París hace seis meses y nos conocimos en casa de un amigo. Le gusté y me propuso que le acompañase a Marruecos.

—Me dejas asombrado, Giselle. ¿Tú entre estos cabileños incultos?… ¿Es posible que aceptases su proposición porque te enamorases de él?

—Eres un estúpido. ¿Cómo crees que yo puedo enamorarme de un hombre como él? Lo que me decidió fue otra cosa. Su ambición, sus planes de conquista.

—Mohamed Sarro sólo será un jefezuelo, aunque los rebeldes

triunfen.

—Qué ingenuo eres a veces, Bill. ¿Crees de verdad que Mohamed Sarro lucha por un ideal, por la independencia de Marruecos?

—¿Por qué otra cosa podía ser?

—Es de esa clase de hombre que luchan por sí mismos y que; por lo tanto, se aprovechan de tocas las circunstancias propicias para conseguir su objetivo. Ahora enarbola la bandera de la independencia, pero cuando, le convenga, y una vez esta conseguida, se enfrentará con el propio sultán. Hizo un viaje a París para establecer contacto con agentes de una potencia extranjera a la cual interesa que el sultán triunfe momentáneamente, para más tarde despojarle de su trono y hacer de Marruecos algo distinto de lo que se piensa. Mohamed Sarro ha recibido, promesas de que él jugará un trascendental papel en los destinos de este país. ¿Te das cuenta?

—Sospechaba algo, pero me resistía a creerlo hasta que tuviese pruebas.

Giselle volvió a sonreír.

—Pues ya las tienes. Lástima que no las puedas utilizar ahora, ¿verdad, Bill?

—¿Quién sabe?

—No puedes escapar de aquí, querido. Ni tú ni ella.

—¿Ella?

—¿Es que has olvidado a tu mujercita? —La rubia hizo una pausa y, cambiando de postura, añadió—: No acabo de comprender cómo has conseguido casarte con ella siendo todavía un soldado de la Legión. ¿No lo prohíbe el reglamento?

—Nos casamos en secreto.

—Igual que Romeo y Julieta. ¿No es divertido?

Bill se humedeció los labios con la lengua y tras una larga pausa manifestó:

—Nunca te he pedido un favor, Giselle.

—Eso es cierto. Nunca.

—Ahora ha llegado el momento de que te lo pida.

—Estoy verdaderamente emocionada. ¿De qué se trata?

—Quiero que saques a mi mujer de este avispero. Ella no tiene nada que ver con la misión que yo llevaba a Semgat.

—¿Me suplicas por la vida de ella?

—Sí. Te suplico por ella.

Giselle se puso en pie y se acercó al soldado, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Qué esperas que te conteste, Bill?

—No importa lo que yo piense. Prefiero oír la respuesta de tus labios.

—Está bien, querido. Tu mujer morirá contigo.

Un pesado silencio cayó sobre la tienda. Bill sonrió amargamente.

—Es tu venganza, ¿verdad?

—Sí, Bill. Es mi venganza.

—¿Y qué culpa tiene ella de esto?

—Puede que ninguna, pero me basta con saber que tú la amas, que es tu mujer y que si ha ido tras de ti es porque también ella te corresponde. Odiaría igualmente a cualquier mujer que pusiera sus ojos en un hombre que me haya amado antes a mí.

—Eres una enferma, Giselle —murmuró Douglas—. Y ahora sé hasta qué grado.

—No quiero tenerte más tiempo alejado de tu adorada esposa, querido. Mohamed Sarro regresará esta noche y entonces se decidirá cuál va a ser vuestro final.

Él fue a volverse, pero la voz de ella lo retuvo.

—Espera un momento, Bill.

—¿No has acabado todavía?

—No, todavía no. ¿Recuerdas que te marchaste de París sin darme un beso?

—No creo que importara mucho aquello entonces.

—Pero ahora sí. Ésta es una despedida definitiva.

Giselle puso sus manos sobre los hombros de Bill, se irguió de puntillas y unió su boca a la de él.

Douglas se quedó insensible, como si sus labios no fuesen acariciados por una boca sensual, sino por una simple lápida de mármol. Ella se separó, mirándole con ojos furibundos.

—No te ha gustado, ¿verdad?

—No, querida. Te he dicho que aquello ya pasó.

La mano de la mujer abofeteó con violencia la mejilla varonil.



Abofeteó con violencia la mejilla varonil

—Haré que te arrepientas de tus palabras, Bill.

—Puedes hacer lo que quieras, pero seguirá sin gustarme.

Giselle dio dos palmadas y al cabo de un instante entró en la estancia Alí.

—¡Llévatelo! —ordenó la hembra.

Bill dio media vuelta y, acompañado siempre por el árabe, regresó a la tienda en donde se hallaba Janette. Fue obligado a sentarse de nuevo en el suelo, junto a, la joven, y Alí le ató nuevamente los tobillos, desapareciendo después.

Janette dio un suspiro, susurrando:

—Creí que no te volvería a ver, Bill.

—Todavía no ha llegado, nuestra hora. Preveo que será a la noche.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

Douglas creyó conveniente dar ánimos a la joven.

—A ti no te pasará nada. Eres una mujer.

—¿De veras? Tengo entendido que a esta gente no le importa la diferencia de sexo.

—Mohamed Sarro es un caballero. Solamente le interesa matar a los hombres. A las mujeres las quiere vivas.

Janette arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir, Bill?

—Oh, después de todo, no tiene importancia para ti. Eres joven, hermosa y bonita. Tú ya lo sabes. ¿No es tu magnífica arma secreta dentro de tu profesión?

—¿Con que es eso? —exclamó la jovencita—. Estás celoso.

—¿Yo celoso? Creo que estás delirando.

—Quizá sea que te has tomado demasiado en serio lo de que eres mi marido.

—No te creí tan presuntuosa. No hay mujer en el mundo que me pueda echar el lazo.

—¿De veras? ¿Quién te crees que eres?

—Simplemente un hombre que quiere gozar de la libertad.

—Claro —le parodió ella en tono jocoso—, y por eso te alistaste en la Legión. ¿Dónde podías gozar de mayor libertad? A sus órdenes, mi sargento; a sus órdenes, mi capitán. ¡A sus órdenes a todas horas!… Puedes estar satisfecho de haber elegido bien.

—No me calientes la cabeza. Ya tengo demasiadas; complicaciones con las que tú me has creado…

—¿Qué yo te he creado complicaciones? Me gustaría tener las manos libres y un jarro a mi alcance para podértelo estrellar en la cabeza.

—Pues métete esto bien debajo de esa cabellera. He podido

escapar cuando me traía ese Alí, y ten la completa seguridad de que, si no lo he hecho ha sido por no dejarte sola con estos bárbaros.

—¡Oh! ¿Sí? Tú sí que eres un gran caballero. ¿Qué es lo que debo hacer en tu obsequio para corresponder a tu gran rasgo? ¿Te bastaría con un beso?

—¿Por qué derrochar las municiones que has de emplear en, tu profesión? No, querida, no vale la pena.

Janette enrojeció mientras sus ojos despedían fuego.

—Creo que he ido a caer junto al más bárbaro de cuantos se encuentran en África. ¡Ese eres tú, Bill Douglas!

—Bueno, ricura, te aceptaré el calificativo, pero haz el favor de callar durante un buen rato. Necesito pensar por los dos.

El nuevo sarcasmo del soldado exasperó aún más a la periodista, la cual fue a replicar, pero era tal la ira que la invadía, que sólo pudo articular unos cuantos sonidos ininteligibles.

No volvieron a cambiar palabra alguna, suspendiendo el *match*. Aproximadamente una hora más tarde, les trajeron el menú compuesto de un solo plato. Les quitaron las ligaduras de las manos y comieron con bastante apetito, vigilados de cerca por dos árabes que tenían el fusil preparado para disparar.

Terminada la frugal comida, volvieron a ser maniatados y quedaron solos nuevamente en la tienda. Janette se tendió en el suelo, de espaldas a su compañero de cautiverio, y quedó dormida enseguida. Bill permaneció mucho rato observándola, pero finalmente decidió que nada podía hacer en aquellas circunstancias para mejorar la situación de ambos, y también se recostó, conciliando, el sueño.

Lo despierto un griterío procedente de fuera y dióse cuenta de que debía ser muy de noche, puesto que la estancia estaba completamente a oscuras. Como no escuchase la respiración de Janette, se sobresaltó y buscó la en la oscuridad. De pronto sus manos la encontraron y la joven despertó dando un grito.

—Tranquilízate, Janette. He sido yo —se apresuró a decir el soldado.

—Eso ya me lo suponía —retrucó ella—. Te has querido aprovechar.

—¿Aprovecharme yo?

—Claro que sí. Estaba oscuro y por lo visto no te puedes estar quieto si tienes una mujer a tu lado. Los dientes de Bill rechinaron.

—A veces me pregunto si estás en tu sano juicio, muchacha. ¿Cómo iba a hacer eso si estoy atado de pies, y manos?

—Eso quiere decir que lo hubieses hecho de estar libre.

—¡Cállate, Janette, o me volverás loco! ¿Cómo puedes pensar en semejante cosa encontrándonos en este peligro?

En aquel momento entró un árabe llevando una antorcha que iluminó toda la tienda y tras él lo hizo Alí, el cual quitó de nuevo las ligaduras que ataban los pies de, Janette y de Bill y les indicó que salieran delante de él.

Fueron conducidos, por segunda vez, a la tienda del señor de Tadirust. Ahora no había música ni baile, pero Mohamed Sarro y Giselle se encontraban en el mismo lugar que en la entrevista anterior.

—¿Cómo han pasado su primer día de cautiverio los esposos? —preguntó el cabecilla, con cierto retintín.

—Maravillosamente —repuso Bill—. Tiene un magnífico servicio para su clientela, Mohamed Sarro, únicamente comparable al del hotel Ritz de París.

—Celebro que conserve su buen humor señor Douglas.

Bill miró fugazmente a Giselle y luego se dirigió a Sarro.

—Le han dicho quién soy, ¿verdad?

—Sí, y también otras cosas. Por ejemplo, que no pertenece al Servicio de Información Francés. Es simplemente un soldado de la Legión Extranjera Francesa que ha venido a esta región a operar por su cuenta. ¿Le asombran mis conocimientos, señor Douglas?

—En absoluto, puede proseguir.

—Ahora he de felicitarle por la forma en que hizo frente a mis hombres en Argos Tres. Mató a doce de ellos e hirió gravemente a otros siete. Mis guerreros le han puesto ya un apodo. Lo llaman a usted el demonio del monte Ayachi.

—Sus hombres son muy amables, Mohamed Sarro.

—Pero creo que en esta ocasión ha subestimado usted al señor de Tadirust. Ha creído que podía burlarse de mí en mis propias narices.

—En sus propias barbas, diría yo mejor.

Los ojos de Sarro se dilataron con un gesto de súbita rabia.

—Otra insensatez como ésa y ordenaré a mi verdugo que lo decapite, señor Douglas.

—Descuide, no volveré a cometer otra. No son de mi gusto esos afeitados tan radicales.

La atmósfera pareció quedar electrizada ante la nueva respuesta del soldado. Pero afortunadamente para él, Mohamed Sarro hizo un gesto ambiguo y prosiguió hablando.

—Usted se dirigía a Semgat para recuperar un mapa. ¿No es así, señor Douglas?

—Supongamos por un momento que fuese así.

—No es necesario que lo supongamos solamente, puesto que el mapa lo tengo en estos momentos en mi poder.

—Al fin, Harry Krupa ha conseguido endosárselo. ¿Cuánto ha pagado por él?

—Un millón de francos.

Bill tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no estallar en una carcajada. El mapa, de acuerdo con la versión que le había hecho Janette, carecía de valor alguno, puesto que el Alto Mando había anulado el primitivo proyecto de tender una trampa al rebelde. Mohamed Sarro se había librado de una emboscada, pero por los azares del destino, pagaba un millón de francos por un papel que no servía para nada. No obstante todo ello, lo que Bill dijo fue:

—Ha pagado un precio barato. Creí que Krupa era mejor negociante. Al fin y al cabo, mató a un hombre por hacerse con ese documento. Así el asesinato lo cometió a un precio de saldo.

—Hay algo más todavía, señor Douglas.

—¿Se refiere al aplastamiento que va a hacer de la columna que saldrá de Jenifra?

—Eso puede darlo por hecho. Hay otra operación que es casi tan importante como la de barrer a esos doscientos hombres.

—¿De qué se trata?

—De su supuesta amante esposa, señor Douglas. De la hija del general Laroque.

Bill se quedó inmóvil durante un buen rato.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

—Hablo de la periodista Janette Laroque.

—¿Está en sus cabales? ¿Quién le ha contado ese chisme? —Bill miró a Giselle diciendo bruscamente:

—¿Has sido tú, serpiente de cascabel?

Mohamed Sarro miró a la mujer que tenía a su lado y luego al soldado.

—¿Os conocíais, Giselle?

—Tuve amistad con Bill Douglas en París, hace unos cuantos años.

—¿Cómo no me lo dijiste antes?

—No creí que tuviera importancia. Me resultaba divertido saber que Douglas iba a morir. Quería que él mismo fuese quien me suplicase por su vida.

Mohamed Sarro meneó la cabeza en señal de asentimiento y más tarde dijo a Bill:

—Comprendo. Usted, Douglas, cree que lo de Janette Laroque es una invención de Giselle, pero se equivoca. Ella no me ha hablado al respecto. Creyó, como yo, que la historia de su matrimonio era verdadera. Ha sido el compañero de la señorita Laroque, Harry Krupa, quien me ha informado de todo. —Mohamed Sarro se dirigió a Alí ordenando—: Trae aquí a esos prisioneros.

El árabe se marchó y poco después regresó a la tienda acompañando de tres hombres. Bill identificó, entre Ros tres, a Harry Krupa. Era el único que sonreía, por cuánto los otros dos reflejaban en sus rostros una sombra de inquietud.

Harry frisaría en los cuarenta años de edad, y era de mediana estatura, robusto, de ojos enrojecidos y nariz achatada.

—¿Reconoce a la señorita Laroque, señor Krupa? —preguntó Sarro.

Harry miró a Janette, y sin borrar la sonrisa de sus labios, contestó:

—Es ella, Mohamed Sarro.

—¡Puerco traidor! —exclamó Bill, haciendo esfuerzos por romper las ligaduras de sus manos.

Janette se mantuvo serena.

—¿Es eso lo que aprendiste en el Código Moral del periodismo, Harry? —preguntó, con suavidad.

Harry frunció el ceño.

—¿De veras has creído en esas cosas, muchacha? —Chasqueó la lengua, añadiendo—: Pobre mariposa que golpea el cristal pretendiendo alcanzar la luz.

—En cualquier caso esto lo pagarás caro, Harry.

—¿De qué forma lo vas a conseguir, querida?

—Si Bill Douglas y yo morimos, quedarán todavía Covedo y Jack Patterson. No creo que ellos sean de la misma condición.

Krupa dirigió la mirada hacia sus compañeros y luego ladeó la cabeza hacia Janette, declarando:

—Ellos también se van a quedar aquí.

Patterson saltó sobre Krupa y le largó un puñetazo en la barbilla. El traidor trastabilló y desplomóse sobre la alfombra. Patterson fue a caer sobre él otra vez para continuar golpeándole, pero dos soldados de Mohamed Sarro le apuntaron con sus armas obligándole a estarse quieto.

Harry se levantó del suelo restañando con el dorso de la mano la sangre que le corría por la comisura de los labios.

—Te has equivocado otra vez, Patterson, y ahora es irremediable.

—También lo era antes. Sé que pensabas en nuestra muerte de todas formas.

—¡Silencio! —ordenó Mohamed Sarro—. Esas disputas personales me tienen sin cuidado. Los prisioneros serán muertos mañana. Unos antes y otros después, pero ninguno de ellos verá la luz del día siguiente.

—Aún tiene tiempo de echar marcha atrás, Mohamed Sarro —dijo Bill—. No le hago la advertencia por nosotros, los hombres, sino por la señorita Laroque. Pero tal información encaja perfectamente con los conocimientos que tengo sobre cierto asunto. Cometerá la mayor equivocación de su vida si la manda asesinar.

—¿Cree que voy a ser tan tonto que voy a permitir que el mundo sepa que Mohamed Sarro ordenó la muerte de la hija de un general? Un futuro gobernante de millones de seres ha de ser un poco más astuto, y yo me precio de poseer tal cualidad. Son frecuentes los casos, en nuestras montañas, de bandidos solitarios o por parejas que atacan a los viajeros que encuentran en el camino. La señorita Laroque, por un triste azar, tropezará mañana con una pareja de esos hombres fuera de la ley. ¿Se da cuenta?

—Es usted el peor canalla de, cuántos he conocido —exclamó Bill—. ¡Y ya puede avisar a su verdugo particular, si quiere!

Mohamed Sarro se levantó furioso. Por un momento pareció que

iba a dar la orden de que Bill fuese ultimado, pero tras larga pausa, recuperó la tranquilidad y repuso:

—No va a morir ahora, Douglas. Quiero tener antes una satisfacción. La de que vea por sus propios ojos cómo destruyo a los doscientos hombres de Jenifra. Quiero ver la expresión de su cara cuando vea morir uno tras otro a sus compañeros. Yo me encargaré de repetirle, una y otra vez, que usted tuvo en sus manos sus vidas y los llevó a la catástrofe desde el momento en que no supo cuidar el mapa que le fue entregado.

—Tiene usted suerte, Mohamed Sarro, de que estoy con las manos atadas, porque si no fuese así, lo estrangularía antes de que los fusiles de sus sicarios me convirtiesen en un colador.

—Fanfarronea demasiado. Mañana ante la vista de la escena que le preparo, será más comedido en sus palabras.

Patterson volvió a atacar, pero ahora su objetivo no fue Harry Krupa, sino al propio Mohamed Sarro. Abalanzóse sobre él y le descargó un terrible puñetazo en el estómago. El cabecilla se arrugó dando boqueadas y empezó a caer sobre la alfombra.

Se oyeron dos disparos y Patterson se estremeció cada vez que una onza de plomo se incrustaba en su carne… Se llevó la mano derecha al hígado, hizo un gesto de dolor y luego se desplomó y quedó exánime, muerto.

Alí y otro soldado ayudaron a Mohamed Sarro a incorporarse. El señor de Tadirust miró el cadáver que tenía delante y rugió, apretando los dientes:

—Que lo decapiten y coloquen su cabeza a la entrada del campamento.

—Está muerto ya —dijo Bill—. ¿Por qué quiere ensañarse en su cadáver? Sólo queda enterrarlo.

—Ustedes tienen sus costumbres y nosotros las nuestras. Ésa es una de las razones por las que odiamos a los extranjeros.

—¿Por qué hace partícipe de sus crímenes a su pueblo, Mohamed Sarro? —dijo Bill—. No trate de cargar sus delitos a estos pobres indígenas que están sin civilizar todavía. A usted le interesa que continúen sumidos en, su barbarie porque de esa forma le es más fácil gobernar despóticamente sobre ellos. Eso es su objetivo en esta lucha que ha iniciado y no otro.

—¡Nadie debe dar consejos en una casa que no es la suya! —

chilló Mohamed Sarro. Covedo dio un suspiro y manifestó:

—Sentiré por el pueblo marroquí que usted, Mohamed Sarro, y los que hayan como usted, vean sus deseos realizados. Una nueva Edad Media se está cerniendo sobre Marruecos. Unos cuantos millones de hombres y mujeres corren el peligro de convertirse en esclavos.

—Ha dicho demasiado para ser la primera vez que habla, señor periodista —repuso el cabecilla—. Y le voy a castigar su impertinencia.

—No logrará que sienta miedo —declaró el portugués.

—¿Se cree muy valiente? Bien, acepto su desafío. Mañana usted morirá. Y hasta el último momento no le voy a decir qué procedimiento voy a utilizar.

—No me quitará el sueño por ello. Se lo aseguro. Déjame acostarme en el suelo y dormiré como un bendito.

—Llévate a los prisioneros, Alí —ordenó Mohamed Sarro, con voz enérgica.

Poco más tarde, Janette, Bill y Covedo se encontraban en la tienda reservada para ellos. El portugués fue atado de pies y manos, lo mismo que sus compañeros.

Cuando quedaron solos, sumidos en la oscuridad, permanecieron un largo rato sin romper el silencio, pero finalmente Bill se decidió a ello.

—Una pregunta, Covedo. ¿No encontrarán raro sus compañeros de Jenifra que Harry Krupa regrese solo después de haber partido con ustedes?

—A Harry no le falta inventiva. Condimentará una buena historia en la que se reservará el papel de héroe. Puede estar seguro de que después de habernos vendido, será recibido con todos los honores e incluso su nombre llegará a ser famoso. Parecerá repulsivo, pero por ello no deja de ser menos cierto.

—¡Maldito perro! —exclamó Bill, sin poder contenerse—. Daría cualquier cosa por encontrarme con él frente a frente.

Transcurrieron varios minutos de silencio y después Janette manifestó:

—Me he portado como una estúpida. Tienes que perdonarme, Bill…

—Olvídalo. ¿De qué sirve lamentarse por hechos ya pasados?

—Pude haber evitado todo esto. Yo sabía que el mapa era falso y debí suponer que era eso lo que buscabas. Pero fui muy torpe y sólo pensé en mi propio interés, en ir tras de ti para conseguir unos cuantos reportajes sensacionales.

—De todas formas, Patterson hubiese sido muerto y Covedo se encontraría en la situación que se halla ahora. No, Janette, no importa que uno muera aquí o un poco más al Norte, el peligro siempre existirá mientras permanezca un hombre vivo… ese hombre que se llama Mohamed Sarro.

CAPÍTULO VIII

Había amanecido el nuevo día. Horas antes, durante la madrugada, había dejado de llover y se había aclarado un poco el cielo. Ahora soplaba una ligera brisa halda el Oeste que empujaba las nubes raudas, acariciando das cúspides de las montañas que circundaban el campamento.

Los prisioneros habían sido sacados de la tienda y Bill pudo ver que los guerreros de Mohamed Sarro se encontraban dispuestos para partir. El propio cabecilla montaba un potro de airosa estampa y hallábase al frente de la tropa.

—¿Sigues sin sentir miedo? —preguntó Sarro, mirando a Covedo.

El portugués sonrió suavemente mientras respondía:

—Ya le advertí anoche que dormiría a pierna suelta.

—Veremos si sigues tan sereno. ¡Metedle en el pozo!

Dos indígenas cogieron a Covedo y lo empujaron hacia un hoyo que había sido hecho en la tierra. Tenía una profundidad de unos dos metros y medio, y clavado en el fondo, se levantaba un poste.

El periodista fue obligado a saltar dentro y luego lo hicieron los árabes, quienes lo ataron al madero y después, ayudados por sus compañeros, subieron a lo alto, dejando a Covedo solo abajo.

—¿Tienes ya una idea de cómo vas a morir, prisionero? —preguntó Mohamed Sarro.

El portugués levantó la mirada observando las paredes de la cavidad en que se encontraba encerrado. No hacía falta que el déspota le diese más explicaciones. En cuanto volviese a llover, aquel pozo iría recogiendo el agua, y ascendiendo ésta hacia arriba, terminaría por, ahogarlo. Un suplicio lento digno del más cruel tirano oriental.

Mohamed Sarro distendió los labios y se irguió sobre la silla de su caballo para poder contemplar bien el rostro de su prisionero.

—No me puedo quedar para ver cómo el agua asciende poco a poco, pero quizá tenga suerte y cuando regrese aún no, hayas muerto. Entonces sabré que eres tan cobarde como cualquier otro hombre. Ahora he de ir a dar cuenta de los soldados de la Legión Extranjera.

El señor de Tadirust apartó al caballo del pozo y dijo a Alí, que se encontraba a su lado:

—Tú quedarás al mando del destacamento y por lo tanto serás responsable de la vida de Janette Laroque. Has de tener en cuenta una sola cosa. Si por cualquier motivo ves aparecer algún extraño por los alrededores, sin preguntar nada, matarás a la hija del general.

Bill había sido obligado a subir a un caballo, después de haber sido desatadas las ligaduras de sus pies, pero mantenía intactas las que le impedían servirse de los, brazos.

Alí hizo una reverencia e inmediatamente Mohamed Sarro dio la orden de marcha. La caballería, compuesta por más de dos mil jinetes que se distribuían a lo largo del valle, y cuyo grueso indudablemente había llegado durante las horas de la noche, emprendió una veloz galopada.

Cinco horas llevaban de viaje, cuando Mohamed Sarro dio la orden de detenerse en la ladera de una montaña salpicada de altos pinos. Consultó el mapa que le había proporcionado Harry Krupa e informó a los lugartenientes que lo flanqueaban:

—Es por aquí, por dónde ha de pasar la columna. —Luego levantó la mirada y estuvo observando los montes que circundaban el lugar—. Quedando la mitad de las fuerzas a esta parte y el resto en la otra ladera, ocultos entre las rocas, caeremos sobre los legionarios y los derrotaremos en pocos minutos. Desarrollad el plan conforme a lo previsto. Yo me quedaré en esta ladera. Id, vosotros con mil hombres a la de enfrente. Y tened bien entendido que no se atacará hasta que yo de la señal, la cual consistirá en un disparo al aire.

Durante la media hora siguiente, los guerreros de Mohamed Sarro fueron ocupando sus posiciones. Bill tuvo ocasión de comprobar que estaban bien organizados, por cuanto en aquel corto espacio de tiempo hicieron desaparecer los caballos que les habían servido para llegar hasta allí y cada indígena se escondió tras una

piedra, permaneciendo todos inmóviles.

Fue llevado, nuevamente a presencia de Mohamed Sarro, el cual se había reservado el sitio más estratégico, a efectos de observación, en lo alto de la montaña.

Media docena de guerreros acompañaban al señor de Tadirust.

—¿Cómo se encuentra, señor Douglas? —preguntó el rebelde.

—Por ahora perfectamente, y creo seguiré así durante mucho tiempo.

—Espere a ver sus compañeros camino de la muerte y no pensará lo mismo. Ahora siéntese y tenga paciencia. Ese momento no tardará en llegar.

Douglas aceptó la invitación sonriendo. La columna le los doscientos hombres que esperaba aquel asesino nunca llegaría al valle, aunque, bien pensado, era una lástima que la estratagema del general Laroque no hubiese podido llevarse a efecto.

Transcurrió una hora durante la que él estuvo pensativo, tratando de dar con la forma de conseguir que Janette se librase de aquel bandido, pero no pudo hallar ninguna.

—Tardan sus amigos —comentó el señor de Tadirust, con un gesto de impaciencia.

Bill le habría contestado de buena gana que estarían allí esperando, infructuosamente, hasta el día del juicio final, pero consideró como una revancha el placer de ver el rostro de Mohamed Sarro, traspuesto por la ira cuando transcurriesen otro par de horas sin que un solo legionario cruzase el valle.

Vio cómo el rebelde volvía a mirar el mapa, comprobando que los datos que se reflejaban correspondían a los del lugar en que se hallaban.

—No lo comprendo —declaró. Y luego fijó sus brillantes ojos en los de Douglas—. ¿Cree que su general habrá cambiado de opinión?

Bill se encogió de hombros.

—No lo sé. Tenga en cuenta que yo soy un simple soldado.

De pronto, el relincho de un caballo rasgó la quieta atmósfera.

Bill sintió que el corazón le latía más deprisa. No podía ser, era imposible, se dijo.

Saltó de la piedra en que se sentaba y se acercó a las cercanas rocas desde donde se podía contemplar todo el valle. Lo que vio le dejó más perplejo aún. Efectivamente, por la parte izquierda había

surgido la vanguardia de una columna militar. Y no cabía duda alguna. Pertenecía a la Legión Extranjera Francesa. Estaban muy lejos todavía, pero podía distinguir perfectamente sus uniformes.

—¿Qué dice ahora, Douglas? —preguntó Sarro—. ¿Ve a sus compañeros a punto de alcanzar una muerte gloriosa? Observe qué paso llevan. No tienen ni la más ligera idea de lo que les espera.

Bill pensó rápidamente. Podían haber ocurrido dos cosas. Que la presencia de aquellos soldados fuese casual y, por tanto, se dirigiesen a realizar algún servicio o bien que el general Laroque hubiese sido enterado de que el mapa había caído en poder del enemigo, en cuyo caso se limitaba ahora a poner en práctica la emboscada planeada.

Si era lo primero, lo que iba a ocurrir en el valle sería sólo comparable a la mayor carnicería de la década del veinte, cuando Abd-El-Krim se levantó en el Riff.

Los soldados seguían su marcha hacia delante, metiéndose cada vez más en el valle, en la ratonera.

Bill los observaba atentamente, calculando su número. Ya debían haber pasado unos ciento cincuenta y al poco rato llegaron los últimos. Sí, eran unos doscientos. Tras ellos rodaban los carros en donde llevaban la cocina y las provisiones. Mohamed Sarro miró al americano con alegría.

—Bien, señor Douglas. Ya sólo faltan un par de minutos. Este golpe será decisivo para las tropas francesas en el Atlas Medio. Haré saltar el Cuartel General de Jenifra como si estallase un barril de pólvora debajo de ellos. Y la explosión será tan fuerte que el mundo entero se estremecerá.

—Es lo que yo digo —convino Bill—. Mañana los cinco continentes sabrán lo que ha ocurrido aquí. Y los hombres de buena voluntad darán un respiro porque en la tierra habrá un tirano menos.

Mohamed Sarro lanzó una carcajada.

—Sé por qué dice eso, señor Douglas, pero no lo va a conseguir.

—¿Qué es lo que no voy a conseguir?

—Avisar a sus compañeros. Desde este momento uno de mis hombres apoyará una pistola en su cabeza. Haga una señal, de un solo grito y le levantarán la tapa de los sesos. —Mohamed Sarro miró a uno de sus capitanes, un árabe de cerca de dos metros, al

ordenarle—: ¿Lo has oído, Kerdeza? No tendrás más misión.

Kerdeza sonrió mostrando unos nacarados dientes y desenfundó una pistola, cuyo cañón apoyó por detrás en la nuca de Bill.

—¿Ve como no podrá cumplirse su profecía? La mía es la que se va a convertir en realidad enseguida. Mire la Legión. Ya están llegando al centro del valle. Voy a dar la señal.

Los ojos de Douglas contemplaron a los hombres que seguían avanzando por el fondo sin tomar la más mínima precaución. Se mordió el labio inferior, llegando a la conclusión de que aquellos hombres ignoraban totalmente el peligro que les acechaba. Por lo tanto, se trataba de una tropa que iría a ocupar cualquier destacamento, posiblemente a establecer una posición más fuerte que la anterior en Argos Tres.

Sintió miedo. ¿Qué podía hacer él? De nada serviría ya que intentase gritar. Aún cuando el dedo que apretaba el gatillo de la pistola que se apoyaba en su cuero cabelludo tardase un segundo en realizar la última presión, él, Bill, no evitaría la matanza de sus compañeros.

Mohamed Sarro sacó una pistola y apuntó con el cañón al cielo, que seguía amenazando lluvia. De repente, antes de que Mohamed Sarro pudiera hacer el disparo convenido para que sus hombres se lanzasen sobre los legionarios, sonó el estampido de un mortero. Aquella inopinada explosión tuvo la virtud de dejar a Sarro inmóvil, como si de pronto se hubiese convertido en una estatua de piedra.

Inmediatamente los legionarios que avanzaban por el valle se dispersaron tirándose a tierra, buscando cobijo entre las piedras, metiéndose en los charcos que había formado la reciente lluvia, pegándose a las depresiones que había en la tierra. Bill había sido siempre rápido en sus decisiones y ahora supo que había llegado el momento. Todo transcurrió en un segundo, porque él sabía que si dejaba pasar ese cortísimo espacio de tiempo sin aprovecharlo, no volvería a tener otra oportunidad. Dobló la cabeza de repente y pegó un salto hacia atrás, descargando un terrible puñetazo con sus manos cerradas en el cuello del gigante, el cual se derrumbó sin emitir un solo grito. A continuación saltó sobre Mohamed Sarro cargándolo de costado. El choque fue brutal y el cabecilla rodó por el suelo.

Entonces Bill salió del escondrijo y empezó a correr ladera

abajo, saltando, apoyando los pies en las piedras más grandes. Fue una carrera contra la muerte. Su pie derecho se adhirió a un espino y perdió el equilibrio rodando por el mojado terreno, pero siguió dando vueltas. Aquello lo salvó, porque en aquel momento empezaron a disparar desde arriba. Una lluvia de balas le silueteó, picoteando muy cerca de su cuerpo. Sintió que la arista de una piedra desgarraba su mejilla, que otra le aplastaba la oreja derecha produciéndole un enorme dolor. Pero había de pasar por todo ello porque era mucho más interesante para él continuar en el mundo de los vivos. Llegó un momento en que faltó aire a sus pulmones por el esfuerzo y la presión a que los tenía sometidos. Las sienes le latieron violentamente y sus oídos le zumbaron. Creyó que iba a perder el sentido. Ya no podía hacer nada por él y se abandonó a la inercia. Dio todavía dos o tres vueltas más, y por fin quedó inmóvil con la cara pegada al suelo, jadeante, respirando entrecortadamente. Las balas seguían silbando siniestramente, pero ahora se percató de que no iban dirigidas contra él. Tiraban contra los soldados que debía de tener cerca.

Una voz que reconoció al momento, gritó:

—¡Eh, Bill, muchacho! ¿Te encuentras bien?

Era René Jourdan, y en poco menos de un minuto lo tuvo a su lado zarandeándolo. Entonces Bill se volvió cara al cielo, la cabeza contra la tierra y rió con todas sus ganas.

—¡Por todos los demonios, Bill! —exclamó René—. Tienes la cara como un mapa.

—No me hables de mapas. Corta estas ligaduras.

—Si esto ha resultado estupendo —repuso Jourdan dejando libres las manos de su amigo con ayuda de la bayoneta—. ¿No sabes que esto es una trampa?

—Ya lo sé. No me lo cuentes otra vez. ¿Cómo han vuelto a armar el tinglado?

—El sargento Risso te acusó de haber dado muerte a Martino, y, naturalmente, yo no tuve más remedio que cantar, exponiendo la verdad del asunto. Muchacho, no te puedes figurar el miedo que tenía. Creí que me iban a fusilar enseguida. ¿Y sabes lo que pasó? El comandante Clair salió de su despacho y volvió con el general. ¿Ya qué no sabes lo que hizo Laroque? Me abrazó, Bill, lo puedes creer. Me dijo: «Usted y su amigo Douglas recibirán una recompensa».

Claro que el general temió que tú encontrases el mapa y volvieses a impedir que cayese en manos de Mohamed Sarro.

—Hubiese sido el cuento de nunca acabar, pero lo que no, sabrá el general es que su hija se encuentra en el campamento de ese loco y que ha dado orden a uno de sus lugartenientes de que la mate en cuanto vea aparecer la cabeza de algún desconocido.

—¿La hija de Laroque? ¿La conoces?

—Y tú también. Es la periodista a quien le saqué los tres mil francos.

En aquel instante, un proyectil zumbó por encima de la cabeza de René obligándole a arrojarse en tierra junto a su amigo.

—¡Esos malditos! ¡Tiran a dar! —rezongó el francés.

De pronto, en la parte más alta de la montaña circundante empezó a sonar un nutrido fuego de metralleta. El valle se convirtió en un infierno.

René lanzó un salvaje grito y exclamó:

—¡Son los nuestros, muchacho! ¡Ahora les vamos a dar la gran paliza!

Los guerreros de Mohamed Sarro, sorprendidos por la espalda, comenzaron a salir de sus madrigueras y entonces se encontraron entre dos fuegos. El pánico más indescriptible cundió entre sus filas y muchos de ellos, al cerciorarse de que nada los podría librar de la muerte, arrojaron sus armas y levantaron los brazos rindiéndose.

Por lo alto de la montaña siguieron apareciendo legionarios en sucesivas oleadas que abatiéronse con su poder destructivo sobre los rebeldes, sembrando el caos entre ellos.

Aquella batalla estaba decidida y Bill se irguió sobre sus rodillas dirigiendo la mirada hacia el lugar en donde había dejado a Mohamed Sarro.

Entonces lo vio partir en su magnífico potro hacia la hondonada por la que horas antes había penetrado con su ejército en el valle.

—¿Qué clase de bolsa es ésta? —rezongó.

—¿Qué pasa, Bill?

—¿Es que no lo ves? Aquel que va allí es Mohamed Sarro y se dirige hacia el único punto en donde no hay ni un solo legionario.

Douglas esperó ver caer a Sarro de la montura. Contó los segundos que separaban a aquel del único hueco por dónde se podía escapar y sobrevino lo peor. El señor de Tadirust logró pasar

indemne, alejándose en una fulgurante galopada de aquel panteón que era ahora el valle, donde había dejado enterrado todo su sueño de conquista.

—¡Ha conseguido pasar! —gritó René—. ¡Eso quiere decir que matará ahora a la hija del general!

—Hemos de impedirlo —replicó Bill.

El estruendo de la batalla había hecho espantar a los caballos de los árabes que hasta entonces habían permanecido en un lugar secreto y corrían alocadamente de un lado a otro relinchando, pateando la tierra.

—¡Vamos, René! ¡Hemos de coger dos de esos caballos!

Los dos amigos se dedicaron a ello, y minutos más tarde, cada uno había logrado capturar una cabalgadura y partieron en persecución de Mohamed Sarro.

Aplastaron las cabezas contra los cuellos de los animales para evitar las balas que seguían su carrera y poco después, podían considerarse a salvo, al dejar atrás el campo de lucha.

Bill, conocedor del lugar donde se dirigían abría la marcha, pero conservaba pocas esperanzas de que pudiesen llegar a tiempo.

Un relámpago cruzó el cielo, se oyó un trueno y de nuevo las nubes empezaron a soltar agua.

Se acordó del periodista portugués, cuyo suplicio comenzaba también en aquel instante y espoleó a su caballo para que avanzase más a prisa.

CAPÍTULO IX

Mohamed Sarro saltó del caballo y penetró como un ciclón en su tienda, en cuya puerta prestaban guardia dos de sus guerreros. Giselle y Harry Krupa estaban sentados en los cojines y al ver entrar al señor de Tadirust, interrumpieron la conversación que mantenían.

Krupa se levantó preguntando:

—¿Qué significa eso de, que no me haya permitido salir del campamento?

Mohamed Sarro se detuvo frente a él respirando fatigosamente. No, contestó nada y Krupa volvió a decir:

—¿Es que no se da cuenta de que he de disimular? Cuando cayese esa columna yo debía estar muy cerca de Jenifra al objeto de evitar sospechas. Tengo en cuenta que yo soy responsable de la vida de dos colegas.

—Tiene prisa por disfrutar del millón de francos que le he pagado por el mapa, ¿verdad, señor Krupa?

—Si esto lo hubiese hecho por dinero le habría pedido más de un millón. Pero me he conformado con su precio porque espero sacar más rendimiento del asunto en mi profesión.

—Al parecer lo ha planeado todo muy bien.

—En estos asuntos no conviene dejar un solo cabo suelto.

—Pues en esta ocasión creo que ha dejado uno, señor Krupa, y es tan largo que basta para ahorcarlo.

El semblante del periodista se demudó.

—¿De qué está hablando, Mohamed Sarro?

—Esa columna de doscientos hombres era el cebo de una trampa. Cuando creíamos que los teníamos cogidos, surgieron por encima de nosotros centenares de legionarios que ametrallaron a mis hombres.

—¡No puede ser! —exclamó Harry, metiéndose el dedo índice en

el cuello de la camisa como sí súbitamente hubiese empezado a sentir calor.

—Ha sido así. Yo soy el único de Tadirust que ha podido escapar antes de que la bolsa se cerrase.

—¡Es absurdo, Mohamed Sarro! ¡El mapa es legítimo! Yo conozco la firma del general Laroque y tiene los sellos del Servicio Cartográfico.

—Sí, todo es perfecto porque tenía que serlo para que yo picase en el anzuelo.

Harry Krupa no pudo resistir, la mirada de su interlocutor y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué está pensando, Mohamed Sarro?

—Que es usted un inmundo y cochino espía.

—¡No debe pensar eso de mí! ¡Yo no soy ningún espía! He querido hacerle un favor a usted.

—Se lo ha hecho a la Legión conduciéndome a la emboscada. Usted es responsable de la muerte de todos mis hombres.

—¡Le juro que no, Mohamed Sarro! ¡Tiene que creerme! Si yo hubiese trabajo en favor de Francia, hubiese intentado al menos escapar, mientras usted se dirigía al valle.

—No. Usted creyó que nunca me volvería a ver. No ha contado con que yo podría burlar a los legionarios.

La frente de Krupa transpiraba sudor. Sus labios se movían temblorosamente.

Mohamed Sarro guardó silencio. Se acercó a una de las paredes de la tienda y cogió un alfanje que, cruzado con una gumía, servía de adorno en la estancia. Al sacarlo de la funda, la hoja de acero despidió fulgores de plata.

El periodista desorbitó los ojos.

—¿Qué va a hacer, Mohamed Sarro?

El árabe avanzó hacia el periodista, declarando:

—Voy a matarle, Krupa. Lo único que siento es no tener tiempo para darle suplicio, pero los legionarios no tardarán en llegar y he de abandonar este campamento.

—¡No lo haga! —exclamó Harry, estremeciéndose. Miró a Giselle un instante y exclamó—: Dígaselo usted. Dígale que no me mate, que seré, su esclavo, que haré cuanto quiera. ¿Me oye, Sarro? ¡Seré su esclavo!

Pero en aquel momento, Mohamed Sarro estiró el brazo que empuñaba el arma y la punta de la hoja se introdujo en el vientre de Krupa.

Giselle dio un grito de terror mordiéndose el puño.

Harry se encogió, observando el acero introducido en su cuerpo y se desplomó sin vida sobre la alfombra.

Inmediatamente, Mohamed Sarro pegó dos palmadas y uno de los soldados que había fuera penetró en la tienda.

—Dile a Alí que traiga a la prisionera.

El soldado fue a cumplimentar la orden.

—¿Vas a matar también a esa muchacha? —preguntó Giselle.

Mohamed Sarro la miró.

—Eso es lo que voy a hacer. Al menos el general Laroque no saboreará completamente su victoria. ¿No es eso lo que querías tú, que ella muriese?

—¿Y Bill Douglas?

—El muy estúpido echó a correr queriéndose librar de nosotros, pero dimos buena cuenta de él. Recorrió una gran distancia cayendo, golpeándose contra las piedras y recibiendo balas.

—Entonces ha muerto —susurró ella.

Alí introdujo en la tienda a Janette.

—¡Ponía de rodillas! —ordenó Mohamed Sarro.

El gigante tuvo que hacer poco esfuerzo para conseguir que la hija del general Laroque se colocase en la postura requerida.

—¡Decapítala, Alí! —ordenó con voz rabiosa el señor de Tadirust.

—¡Por piedad! —gritó Giselle—. ¡No la mates, Mohamed Sarro!

Se había abalanzado sobre él rogando por la vida de su rival, pero él la apartó de un manotazo arrojándola al suelo.

Alí se acercó a la pared de dónde minutos antes su dueño había cogido el alfanje y él tomó la gumía.

Janette se mantenía serena con los ojos cerrados, mientras sus labios recitaban una oración.

Alí se volvió lentamente y comprobó que la hoja del arma se encontraba en perfecto estado y luego avanzó paso a paso hasta colocarse delante de su víctima.

Giselle sollozaba escondiendo la cabeza entre sus manos.

Los ojos de Mohamed Sarro contemplaban la cabeza de la joven,

que en pocos segundos sería separada de su tronco.

Alí levantó la gumía por encima de su cabeza cogiendo la empuñadura con ambas manos. La detuvo en alto e inspiró profundamente, llenando de aire sus pulmones.

Se oyeron dos disparos fuera e inmediatamente el ruido de dos cuerpos al derrumbarse.

Alí quedó inmóvil y Mohamed Sarro le gritó:

—¡Decapítala enseguida!

Bill Douglas irrumpió en la estancia, vio la escena que se ofrecía ante sus ojos mientras seguía corriendo, y en un segundo se dio cuenta de que llegaría tarde para evitar la muerte de la joven. Hizo un esfuerzo sobrehumano y se arrojó en el aire. En el momento en que la gumía caía sobre el cuello de Janette, la cabeza de Bill golpeó el costado derecho del gigante, el cual, desplazado, cortó el aire con el acero rozando el cuerpo de la hermosa joven que estaba arrodillada.

Bill rodó por tierra, pero arrastró en su caída al capitán de Sarro.

Por su parte, el señor de Tadirust retrocedió unos pasos y sacó una pistola de su ropaje.

Ha llegado tu última hora, Douglas. Ahora sí que no escaparás.

El soldado cogió por el cuello a Alí y lo atrajo contra su cuerpo cuando Mohamed Sarro empezaba a apretar el gatillo. Una, dos, tres veces arrojó el cañón su mortífera carga de plomo y otras tantas se estremeció el cuerpo de Alí al recibir los proyectiles en el pecho.

Mohamed Sarro, lleno de furia, se adelantó para no fallar la puntería ahora, y cuando se disponía a tirar sobre la cabeza de Bill, una mano le aferró la muñeca tirando de ella.

Había sido Giselle.

Bill se incorporó como un rayo y lanzó un terrible puñetazo a la mandíbula del déspota, el cual perdió el equilibrio y se derrumbó sobre la gruesa alfombra soltando en su caída el arma.

Sarro empezó a incorporarse y de pronto sus ojos observaron el alfanje que Harry tenía clavado en el cuerpo. Cogió la empuñadura y se lo extrajo, goteando la sangre por su extremidad inferior.

—¡Cuidado, Bill! —gritó Janette.

Douglas había concedido cuartel a su enemigo y se maldijo por ello.

Ya Sarro se había levantado y caminaba hacia el soldado

mirándole con ojos cargados de odio.

En su retroceso, el americano tropezó con algo que produjo un sonido metálico. Miró al suelo. Era la gumía con que Alí había pretendido decapitar a Janette. Agachóse rápidamente y la cogió.

—Bien —sonrió sarcásticamente Sarro—. Éste es un duelo a nuestra usanza.

Bill sabía que todas las ventajas estaban de parte del tirano, por cuanto que el arma que esgrimía Sarro era más larga que la suya. Pero se dijo que peor era nada y con la gumía al menos, tenía algo con que defenderse. Lo desconsolador del caso consistía en que no podía contar con una inminente ayuda, ya que había dado orden a Jourdan, una vez que éste disparó sobre los centinelas de la puerta, de que fuera a socorrer a Covedo que debía estar a punto de morir ahogado.

Los aceros entrechocaron produciendo un largo eco.

Mohamed Sarro atacó dispuesto a terminar pronto y Bill hubo de defenderse desviando una y otra vez la hoja que quería arrebatarle la vida. Pero, de pronto, sus espaldas tropezaron con la pared. Entonces Mohamed Sarro se detuvo para dar el golpe de gracia.

—Me puedo ir de aquí tranquilo —declaró—. Vas a morir, Douglas, y también morirá tu queridísima Janette. En seis meses me habré repuesto de esta derrota y entonces se sabrá en el mundo entero quién es Mohamed Sarro.

Terminadas de pronunciar las últimas palabras, Sarro hizo un amago con la mano que empuñaba el alfanje, para engañar a Bill, y se tiró al fondo.

Pero Douglas poseía un feroz instinto de conservación, y conociendo la catadura moral de su rival, supuso que aquel largo discurso no tenía más fin que el de atraer su atención.

Saltó hacia el lado contrario que esperaba Mohamed Sarro y el alfanje que empuñaba éste, se hundió en la pared.

Bill sólo tuvo que mover el brazo hacia la izquierda para, que la hoja de la gumía se clavase en el grueso cuello del señor de Tadirust.

La sangre salió a borbotones de la garganta de Mohamed Sarro, el cual rodó por el suelo con la yugular seccionada.

Bill lo contempló asqueado durante un largo rato, y; al fin volvió a la realidad cuando oyó a sus espaldas un sollozo.

Se giró observando a Janette. Con la misma gumía le cortó las ligaduras, luego dejó el arma en el suelo y ayudó a levantarse a la muchacha.

—Ya todo ha pasado, Janette.

—Ha sido como una horrible pesadilla.

—Lo comprendo. Pero ahora despertarás y te darás cuenta de que la vida es hermosa.

La joven apoyó su cabeza en el pecho del soldado y él percibió el perfume de sus cabellos y deseó apretarla muy fuertemente contra él.

Por la puerta aparecieron Jourdan y Covedo chorreando agua.

—¡Eh, muchacho! —gritó René, palmeando la espalda del periodista portugués—… Tuve que bucear como un hombre raña para librarle del poste. Pero aquí está vivo.

—No ha podido ser más oportuno —dijo Covedo—. Él, agua me llegaba ya hasta la barbilla.

Los dos hombres se dieron cuenta entonces de los cadáveres que había por el suelo y René dio un silbido.

—¡Canastos! ¿Qué es esto, Bill? Según parece, te has divertido un poco más que yo. En aquel instante, se oyó el galopar de un caballo que se alejaba del campamento. Bill miró a su alrededor y luego volvió la mirada hacia la puerta, exclamando: —¡Giselle! Se ha marchado.

—Es una gran mujer —murmuró Janette—. Quiso evitar mi muerte y también te ha salvado a ti.

—Sí —convino él—. Tenía el presentimiento de que a pesar de lo que decía, no fallaría al final.

Inmediatamente, llegó del exterior el motor de un vehículo que se detenía bruscamente con chirridos de frenos. Dos legionarios se introdujeron en la tienda, metralleta por delante, listos para disparar, y tras ellos, apareció el general Laroque, seguido del comandante Clair y el sargento Risso.

Janette se apartó de Bill y arrojándose en brazos de su padre, exclamó:

—¡Papá, querido! Creí que nunca más te volvería a ver.

Laroque abrazó a su hija con ojos húmedos y besóla en la cabeza repetidamente.

—Vámonos de aquí, Janette. Ya has sufrido bastante. Salieron

padre e hija mientras el comandante Clair y el sargento Risso avanzaba hacia Bill.

—¡Fir… mes! —ordenó con voz chillona.

Bill pegó un taconazo y quedó con la barbilla erguida.

El comandante Clair se aclaró la voz y ordenó:

—Queda usted arrestado, soldado Douglas, por haber salido de la ciudad de Jenifra sin el correspondiente permiso… ¡Sargento Risso!

—A sus órdenes, mi comandante —saludó el italiano como un autómata.

—Hago a usted responsable de ingresar en el calabozo al soldado Douglas.

—Pierda cuidado, mi comandante. No me apartaré en su celda.

CAPÍTULO X

Bill estaba acostado en su jergón cuando oyó un tintineo de llaves y la puerta de la celda quedó abierta.

—¡Eh, tú, Douglas! Levántate —llamó un soldado desde el corredor.

Bill se desperezó y quedando sentado en el camastro, preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Vamos, date prisa. Ahí fuera te buscan.

—¿Es que no pueden dejar a uno tranquilo ni siquiera en el calabozo?

No obstante estas palabras, el americano se puso en pie, salió de la celda, cruzó el pasillo y ganó el despacho en que se hallaba el cuerpo de guardia.

El sargento Risso lo esperaba con las manos a la espalda.

—Adelante, Douglas. Quieren verte.

—¿Quién quiere verme?

—Eso lo sabrás a su debido tiempo. Camina aprisa. No vamos a estarnos aquí toda la mañana.

Había transcurrido una semana desde que Mohamed Sarro murió. Bill, contempló el cielo fuera del pabellón. Era de un color profundamente azulado y en toda su inmensidad no había Una sola nube.

Cruzaron la tierra ya seca y pasaron junto al centinela que prestaba servicio en el pabellón de oficiales. Una vez dentro, Risso abrió una puerta e indicó a Bill que entrase. El joven lo hizo así, oyendo que se cerraba la puerta a sus espaldas.

Allí al fondo había una mesa tras la que se encontraba el general Laroque.

—Acérquese, Douglas.

Bill dio dos pasos adelante, hizo el saludo militar y quedó firme. Laroque tosió dos veces y luego preguntó, mirando a su

interlocutor:

—¿Entiende de política, soldado Douglas?

—Un poco, señor.

—¿Por qué es usted tan modesto? La ficha que tengo delante dice que usted estudió Ciencias Económicas y Políticas en la Universidad de Yale.

—Así es, señor.

—De acuerdo. —Laroque se levantó y comenzó a pasear por la habitación—. Como usted sabe, Douglas, a Francia se le han creado ciertas complicaciones en el seno de las Naciones Unidas desde que surgió el problema norteafricano. Incluso nuestro representante Pinay llegó a abandonar la Asamblea General. El gobierno estaba interesado en que se sepa la verdad sobre algunos aspectos de la lucha en Marruecos. Quieren hacer ver que; hay cabecillas rebeldes a quienes importa muy poco el Sultán y la Independencia de su país y que si combaten lo hacen por su propio egoísmo, porque lo mismo lucharían contra cualquier otra fuerza que tratase de oponerse a sus torpes deseos. Usted ha conocido a uno de ellos, Mohamed Sarro, y está enterado mejor que nadie de los hechos que rodearon su muerte.

—Sí, señor.

Laroque se detuvo de nuevo frente a Douglas al otro lado de la mesa y añadió:

—El Alto Mando, de acuerdo con el Ministerio de Defensa Nacional y el de Asuntos Exteriores, lo envía a usted, a Nueva York para que presente en las Naciones Unidas un informe redactado por nuestros técnicos.

—¿Yo, señor?

—¿Quiere decir que no le interesa el viaje?

—No, señor… —balbució Bill—. Quiero decir que naturalmente, acepto.

—Corriente, Douglas. Saldrá usted dentro de dos días para París. Allí ha de permanecer un par de semanas enterándose de la cuestión de referencia al objeto de que lo encuentren entrenado y aproximadamente a primeros de diciembre embarcará usted para Estados Unidos. El informe ha de ser presentado en una de las últimas sesiones anteriores a las vacaciones de Navidad. Usted emprenderá el viaje de regreso a Francia y más tarde a Marruecos

en la segunda quincena de enero. He ordenado también que quede en suspenso su arresto. Según he comprobado, dentro de unos meses termina su enrolamiento en la Legión. Yo espero que ahora que tiene usted un puesto de responsabilidad se haga cargo de que ha de corresponder a la confianza que hemos depositado en usted.

—Sí, señor.

El general tendió la mano hacia Bill y éste quedó un instante perplejo, pero finalmente cambió un apretón con su superior.

—Buena suerte, muchacho —dijo Laroque.

Bill saludó, dio media vuelta rápida y salió de la estancia.

—¿Qué tal ha ido eso? —le preguntó Risso en el vestíbulo.

—No del todo mal. ¿Está de servicio mi amigo René?

—No. Te espera fuera.

—¡Eh, muchacho! —Le hizo señal René desde el interior de un *jeep situado frente al pabellón.*

—¿Es que te han hecho conductor? —inquirió Bill, acercándose a su compañero.

—Vamos, sube. Me han dado un encargo. Tengo un permiso que nos cubre a los dos. El que tenía que venir conmigo se ha puesto enfermo de pronto.

Bill se metió dentro y el *jeep arrancó. Al cabo de unos diez minutos se detuvo ante una casa de buen aspecto y René saltó a tierra diciendo:*

—Ayúdame. Coge, esa caja de ahí dentro y adelántate tú. Yo tengo que ver qué le pasa al motor. Llama a la puerta y entrega el paquete.

Bill cogió una gran caja de cartón notando que tenía un gran peso.

—¡Eh! ¿Qué demonios es esto?

—Nada, hombre. Entrégalo.

Bill tuvo que ponerse la caja delante de la cara, con lo cual no podía ver lo que tenía delante y acercándose a la puerta, apoyó su carga contra ella y llamó con los nudillos. Al cabo de un rato, la puerta se abrió y él se introdujo dentro, preguntando:

—¿Dónde dejo esto, señor?

—En donde quieras —repuso la voz de Janette.

Bill dejó caer la caja al suelo produciendo un gran estruendo. La caja de cartón se abrió apareciendo una enorme piedra.

—¡Ese maldito René! ¡Me ha engañado!

—¿Eso ha hecho? —inquirió ella, haciendo un gracioso mohín.

—¡Claro que sí! —Bill señaló la puerta cerrada y clavó sus ojos en el rostro de la joven—: Oye, supongo que tú…

—¿Qué, Bill?

—Supongo que tú serás ajena a todo esto.

—¿A lo de la piedra? ¡Claro que sí!

—¿Y qué me dices de lo de las Naciones Unidas? ¿De mi viaje a París y a Nueva York?

—¿Quieres decir que te vas a esos sitios? —ironizó Janette, empezando a retroceder porque Bill había echado a andar hacia ella —. ¡Qué casualidad! Yo también voy a París y luego a Nueva York. ¿Sabes que mis crónicas han resultado un éxito? El director quiere explotar mi nombre dejándome en los Estados Unidos. Mi padre está orgulloso de mí.

Bill seguía avanzando hacia ella, escrutándole el rostro.

—Conque todo es casualidad, ¿eh?

Janette dejó de retroceder cuando llegó a la pared.

—¡Oh, Bill! No podías perder la herencia de tu tía Eduvigis.

—¿Estuviste hablando con René?

—Me contó lo que ganaba tu tía con el negocio de los grillos. ¿Cómo ibas a despreciar esa fortuna?

—Claro. Y hablaste con tu padre y él armó ese tinglado para que yo estuviese el 31 de diciembre en Nueva York.

Douglas se detuvo junto a la joven y ella preguntó:

—¿Estás enfadado, Bill?

—No lo sé.

—¿Puedo hacer una prueba?

Él asintió con la cabeza y Janette le abrazó besándolo en la boca. Cuando se separaron, él declaró:

—No. No estoy enfadado. —Y cuando vio a ella sonriente, añadió—:

—¿Sabes una cosa? No nos podremos casar hasta que me licencien.

—¿Sabes tú otra?

—¿Cuál?

—Que podemos casarnos en los Estados Unidos cuando lleguemos. No puede pasarte nada porque harás el matrimonio mientras seas un comisionado del Ministerio de Asuntos Exteriores

Francés. Estuve en Casablanca hace dos días hablando con el Cuartel General y un comandante jurídico me puso al corriente de todo. Sólo tendrás que venir en enero para preparar tu vuelta definitiva al hogar. ¿No me he ganado otro beso por mi trabajo?

Bill la estrechó fuertemente y unió su boca a la de ella.

En aquel momento empezaron a golpear en la puerta. Luego se entreabrió ésta y René asomó la cabeza, gritando:

—¡Eh, Bill!… ¡Que se hace tarde!… ¿Me oyes, Bill? ¡Pero, Bill!… ¡Muchacho!…

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS



Jan Sterling



N.° 307 Sterling especializada en personajes antipáticos, ha actuado en "Sin remisión" y "Unión Station". El papel que la lanzó a la fama fué el que interpretó en el film "El gran Carnaval".

Foto UNIVERSAL INTERNATIONAL

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROVECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: $ 4